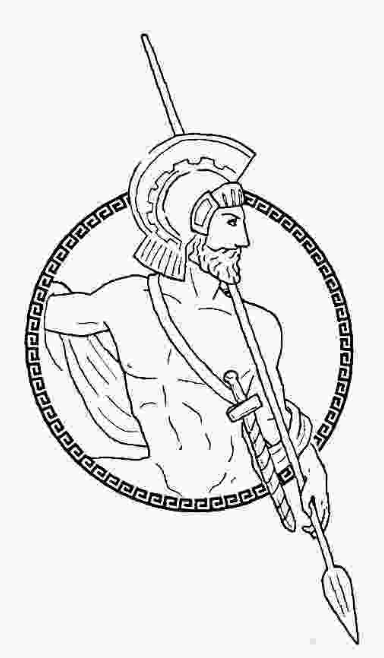
JASÓN
Y LOS ARGONAUTAS



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Elisa Ancori y Pilar Mas (pág. 85)
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8702-1
Depósito legal: B 20903-2016

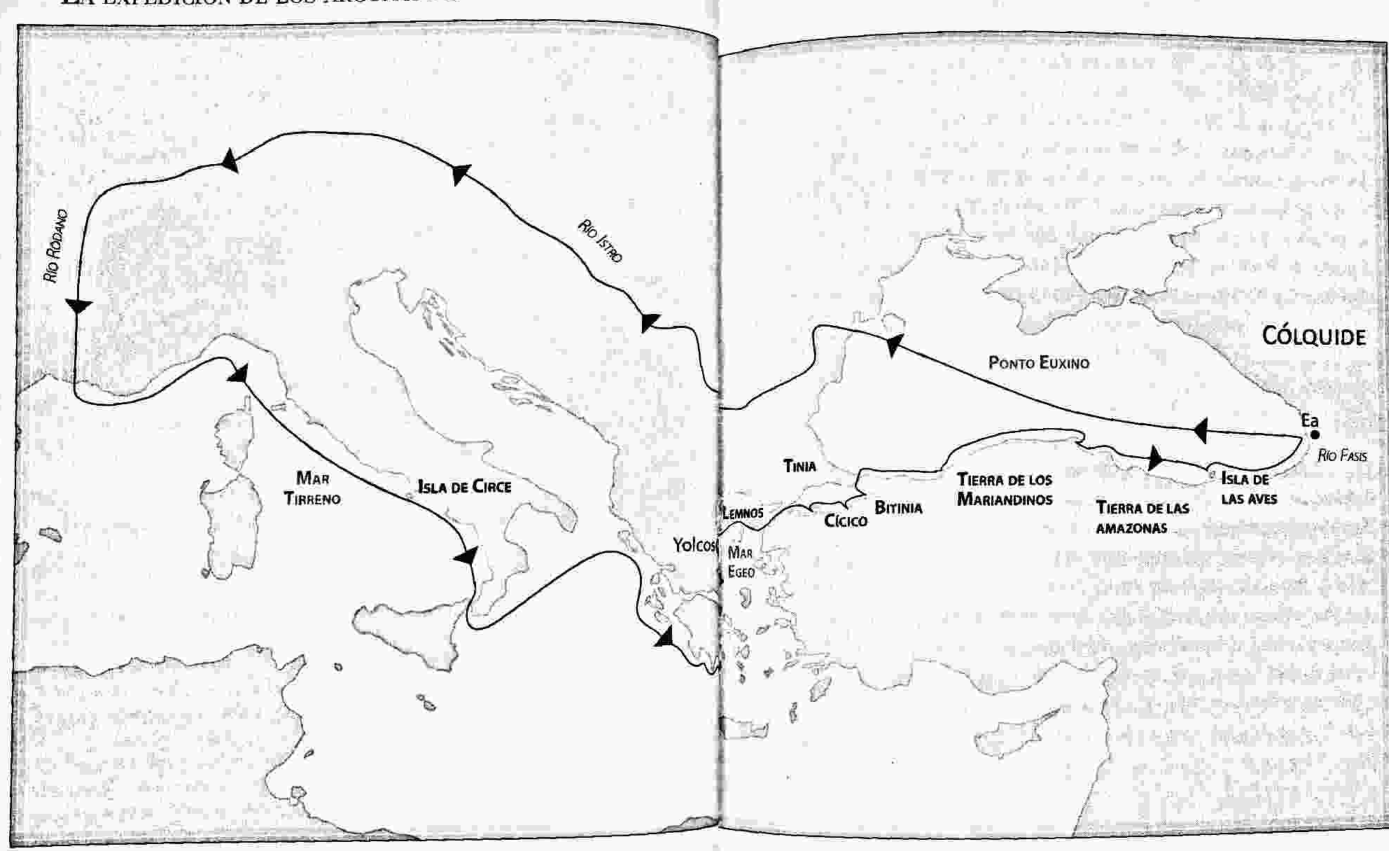
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Entonces él cogió de la encina el vellocino dorado
por indicación de la joven; y ella, manteniéndose
quieta de pie, untaba con su pócima la cabeza
del animal, hasta que ya el propio Jasón
le ordenó volverse hacia su nave. Y abandonaron
el muy umbroso bosque de Ares.*

Argonáuticas, Apolonio de Rodas, canto IV

La expedición de los argonautas



Dramatis personae

Los eólidas

Jasón – jefe de la expedición que, a bordo del Argo, irá en busca del vellocino de oro.
Esón – padre de Jasón, rey de Yolcos, destronado por su hermanastro Pelias.
Creteo – abuelo de Jasón, fundador del reino de Yolcos.
Frixo y Hele – hijos del rey Atamante, salvados de la muerte por un carnero alado cuya piel se conocerá como el vellocino de oro.

Los argonautas

Hércules – célebre héroe de fuerza extraordinaria.
Orfeo – poeta y músico de canto prodigioso.
Tifis – piloto de la nave Argo.
Idmón – adivino que lee las señales en las manifestaciones de la naturaleza.
Argos – hábil constructor de la nave Argo.
Anceo – hijo de Poseidón, de fuerza semejante a la de Hércules.
Cástor y Pólux – mellizos hermanos de Helena de Troya, llamados Dioscuros.
Zetes y Calais – hijos de Bóreas, dotados de alas.

Los reyes

Pelias – usurpador del trono de la ciudad de Yolcos y hermanastro de Esón.
Hipsípila – reina de Lemnos, la isla de las mujeres.
Ámico – arrogante rey de los bébrices.
Fineo – anciano adivino, rey de Tinia.
Eetes – rey de la Cólquide y padre de Medea.
Circe – poderosa hechicera, hermana de Eetes, maestra de su sobrina Medea.
Medea – sacerdotisa hija del rey Eetes.

Los inmortales

Hera – esposa de Zeus, protectora del matrimonio.
Quirón – centauro célebre por su sabiduría, preceptor de grandes héroes de la Hélade.
Atenea – hija de Zeus, diosa protectora de las causas justas e inspiradora de la nave Argo.
Glauco – divinidad del mar, intérprete de Nereo durante el periplo de los argonautas.
Harpías – monstruos mitad pájaro, mitad mujer.
Erinias – deidades del inframundo que vengan los crímenes de sangre.

1

El desafío imposible

Jasón vuela junto al carnero alado que transporta en su grupa a Frixo y a Hele, los hijos del rey Atamante. Mientras surca el cielo junto a ellos, oye los gritos de pánico de Néfele, la madre de los dos hermanos, que corre desesperada por las calles de la ciudad de Orcómeno. Siente el miedo de los jóvenes. Aunque lo desea con todas sus fuerzas, nada puede hacer por ellos, como nada puede hacer cuando la debilitada Hele cae al vacío. Se ve luego a sí mismo en los confines de la tierra, con las manos manchadas de sangre. Es la sangre de aquel carnero divino, sacrificado en honor a Zeus. Pero él no lo ha matado. Frixo, con lágrimas en los ojos, alza hacia el sol el vellocino de oro.

Despertó agitado y envuelto en sudor, junto a las cenizas frías del fuego que le había dado lumbre aquella noche. Había dormitado en medio del bosque, recostado sobre su zurrón y tapado por la piel de pantera que usaba como manto.

Frente a él, una anciana de aspecto frágil lo miraba a los ojos. El joven se levantó de un salto, todavía con las imágenes de aquel sueño en la memoria, un sueño que había invadido sus duermevelas desde que, siendo todavía un niño, su maestro Quirón le narrara la historia de aquellos dos hermanos.

—No temas, muchacho. Estabas soñando —le dijo la anciana con delicadeza. Él se incorporó, aún excitado, mientras la mujer seguía hablando—. Voy de camino a la ciudad de Yolcos, pero no puedo atravesar el río. ¿Podrías ayudarme?

Las aguas del río Anauro descendían aquella primavera con una fuerza inusitada, arrastrando ramas y troncos que el viento y las tormentas habían arrancado de sus márgenes. Era un amanecer frío y gris, y una espesa niebla cubría el cauce casi por completo. Cruzar el río no era empresa fácil.

—También yo sigo ese camino —respondió Jasón, recogiendo sus pertenencias—. Sube a mi espalda y agárrate con fuerza, pues las aguas bajan con violencia. Cruzaremos juntos.

Así lo hizo la mujer, después de que el joven se colgara el zurrón del cuello y tomara sus dos lanzas para utilizarlas como bastones. Apenas se acercó a la orilla con la anciana en su espalda, la niebla comenzó a disiparse. Una luz dorada iluminaba las aguas, ahora tranquilas, y Jasón pudo adentrarse en ellas sin excesiva dificultad. Cuando se halló en medio del río estuvo a punto de perder el equilibrio a causa del limo depositado en el fondo y, aunque logró mantenerse en pie, perdió una de sus sandalias, que fue arrastrada por la corriente.

Ya en la otra orilla, se agachó con cuidado hasta que los pies de la mujer tocaron el suelo y pudo descender sin lastimarse. Luego se hizo con una rama de avellano, que le entregó para que le sirviera de cayado.

—Te doy las gracias —le dijo sonriendo—. Y te aconsejo que no me olvides, quizá pueda devolverte el favor.

—Por supuesto que sí, anciana —respondió el joven con una sonrisa tierna, aunque también algo condescendiente.

Dando por supuesto que continuarían caminando juntos, echó una mirada hacia el bosque en busca de un sendero pero, cuando se volvió para señalárselo a la anciana, esta había desaparecido. Tan solo una dorada neblina se desvanecía en el lugar donde la había dejado. Esa neblina le hizo recordar las palabras de despedida de Quirón, el sabio centauro que durante veinte años había sido su tutor, cuando, siete días antes, dejó el monte Pelión en busca de su destino. Junto a aquel magnífico ser, mitad hombre y mitad caballo, se había criado Jasón desde que su madre, temiendo por la vida del pequeño, se lo confió para que lo educara y protegiera.

—Durante todo este tiempo te has ejercitado en las artes de la caza y de la guerra —le había dicho el centauro—. Te he instruido en las más variadas disciplinas para que puedas forjar tu propio futuro. Pero debes saber que tu vida está marcada, que tienes una misión que cumplir. Tu familia, la noble estirpe de los eólidas, los descendientes de Éolo, hijo de Helén, de quien los helenos tomaron su nombre, debe reinar de nuevo en Yolcos.

—Pero, Quirón —exclamó el muchacho—, aquí soy feliz, aprendo junto a ti, crezco en prudencia y sabiduría gracias a tu tutela. ¿Por qué debo abandonarte?

—Atiende bien a mis palabras, ya que tanto las respetas —insistió su mentor—. Eres hijo y nieto de reyes y debes reclamar el trono que te corresponde por herencia, el trono de la ciudad que fundó tu abuelo Creteo y que un día fue

de tu padre Esón. Tu medio tío Pelias reina porque le usurpó el trono a tu padre, pero es a ti, como legítimo heredero, a quien le corresponde reinar. Debes cumplir con tu destino. Ya estás preparado para hacerlo.

El muchacho se alzó, abrumado, y se alejó unos pasos, como queriendo aliviar así el peso que sentía en el pecho.

—¡Es demasiado empeño para un hombre solo! —contestó.

Entonces, las ramas del roble bajo el que estaban hablando se agitaron y ambos pudieron ver posada allí una bellísima ave en cuyo plumaje resplandecían decenas de ojos. En cuanto repararon en ella, el ave se desvaneció en una nube.

—No estarás solo. Los dioses pueden adoptar las más extraordinarias formas —explicó sonriente y enigmático Quirón.

Llegó el día de la partida y Jasón sintió que su juventud acababa, que le tocaba tomar las riendas de su propia vida. Ahora avanzaba por las fértiles llanuras de Tesalia, calzado solo del pie derecho, lamentando su torpeza al haber perdido una sandalia, y, mientras seguía la ruta que el sol trazaba en los cielos, se preguntaba si la anciana que había desaparecido sería una diosa o una hechicera. Sentía añoranza por los felices tiempos de aprendizaje compartidos con el centauro, pero también orgullo porque este lo considerara preparado para reclamar el reino fundado por su abuelo. Las palabras de Quirón resonaban en su mente: «Tienes coraje y voluntad, valentía y prudencia. Cumple, pues, con lo que se espera de ti. Ve a la tierra de tu padre a descubrir cuál es tu destino».

◇◇◇

Siete días había caminado Jasón desde que abandonara las cumbres del Pelión cuando divisó las puertas de la ciudad

de Yolcos y le pareció que un barullo inesperado surgía de su interior. Al alcanzar la entrada, vio que una muchedumbre se arremolinaba por las calles y plazas, colmando cada rincón, y pronto supo por sus voces que aquel mismo día el rey Pelias iba a sacrificar un gran buey blanco en honor a su padre Poseidón, el imprevisible dios del mar, un ritual que llevaba a cabo con toda la ciudad como testigo. Jasón se abrió paso entre la multitud y se encaminó hacia el ágora. Su indumentaria, descalzo de un pie y cubierto con una piel de pantera, llamaba la atención, y sintió sobre sí las miradas de los curiosos. Apretó los puños alrededor de las astas de sus dos lanzas.

El cortejo real recorría las calles, en las que resonaba el sonido incesante de los panderos y discos de metal con los que un grupo de jóvenes abría la marcha. Tras ellos, seis bellos muchachos, desnudos y coronados de flores, tocaban sus flautas de doble caña, cuyas agudas notas tanto agradaban a los dioses. Después marchaba un séquito de ciudadanos haciendo sonar grandes caracolas marinas. Al final, los miembros de las más antiguas familias de Yolcos, vestidos de blanco, flanqueaban al enorme buey que iba a ser sacrificado. Sus cuernos y pezuñas habían sido pintados de dorado y en su piel se habían dibujado símbolos sagrados en azul y rojo. Vestido de púrpura y con una corona laureada hecha de oro, a semejanza de los dioses, cerraba la comitiva el rey Pelias, que iba acompañado por los sacerdotes del templo de Poseidón y sus más fieles consejeros. Avanzaba erguido y con semblante orgulloso, pero su mirada era esquiva y su ademán, hosco. Vivía permanentemente intranquilo bajo la amenaza de un oráculo. Le había sido augurado tiempo atrás que un día llegaría a la ciudad un visitante calzado con una sola

sandalia del que debía estar prevenido, un eólida que amenazaría su trono. Desde entonces el ánimo del monarca no conocía el descanso. Temía por su trono e incluso por su vida.

Jasón quiso alejarse del gentío y se encaminó hacia el templo de Hera, la esposa del gran Zeus, en busca de refugio. El lugar estaba desierto, pues todos habían acudido al sacrificio, y él se sentó un momento en las escalinatas. Estando allí, oyó que una cálida voz le susurraba desde el interior:

—Tu mente barrunta grandes planes.

Intrigado, el muchacho se incorporó para acercarse a la entrada del sagrado recinto y descubrió que quien hablaba era la anciana a la que había ayudado a atravesar el río.

—¿Quién eres en realidad? —preguntó con cautela.

—Abre tus ojos para ver bien lo que se presenta ante ti, hijo de Esón: soy aquella que se sienta en el Olimpo junto a Zeus como esposa y madre. Fui yo quien ordenó a Hermes, mensajero divino, que llevara a Beocia el alado carnero que transportó por los cielos a Frixo y a Hele para protegerlos de la maldad que les amenazaba. También he sido yo quien, todos estos años, ha poblado tus sueños con ese vellocino de oro que se custodia en la Cólquide, pues a él está unido tu futuro. Tenlo en cuenta cuando te presentes ante Pelias y confía en la inspiración que voy a dar a tus palabras. El impío usurpador que te ha robado lo que te corresponde profanó mi templo y merece un castigo. Estaré a tu lado en todo lo que emprendas en su contra.

Del interior del templo salieron reptando jirones de niebla que cegaron al joven, quien solo alcanzó a distinguir que en sus entrañas resplandecían decenas de ojos. Cuando la bruma se hubo disipado, una hermosa ave de plumaje verde y azul emprendió el vuelo y, una vez más, la anciana ya no se

encontraba allí. Jasón sintió una fuerza interior que aplastó cualquier atisbo de duda en su corazón; era el legítimo heredero del trono y había llegado el momento de cumplir su destino. Se ajustó la piel de pantera sobre su túnica corta, agarró con fuerza sus dos lanzas y se encaminó hacia el templo de Poseidón, donde se celebraba la ceremonia en honor al dios.

◇◇◇

Pelias acababa de asestar el golpe mortal al buey, cuya sangre se esparcía como un río púrpura por el altar y la plataforma de los sacrificios. Los sacerdotes ya troceaban la carne para repartirla entre los asistentes. Las patas traseras y el corazón del animal, untados con abundante grasa, ardían sobre el gran altar de mármol y las columnas de humo negro que desprendían se elevaban hacia el cielo formando espirales casi perfectas. Era la señal que todos esperaban, y confirmaba que el sacrificio complacía a Poseidón. La música sonaba con fuerza y los ciudadanos loaban al dios. Sin embargo, el rey advirtió que, de pronto, el silencio se iba imponiendo desde las filas más lejanas.

Desde uno de los extremos del ágora la multitud se hacía a un lado para abrirle paso a un joven vestido de modo extravagante, con una piel de animal salvaje, y armado con dos lanzas. Aquel hombre atravesaba el recinto calzado de un solo pie y caminaba con determinación y el rostro sereno iluminado por una intensa energía. Se detuvo en medio del ágora, donde dejó caer las lanzas al suelo, y luego prosiguió su camino para situarse ante el rey. Un murmullo recorrió la plaza cuando todos vieron cómo el reguero de sangre del buey sacrificado se desviaba al llegar a él para esquivar

sus pies. Al percatarse de que el forastero calzaba una única sandalia, Pelias notó que un temblor recorría sus miembros.

—¿Quién eres tú, extranjero, que osas interrumpir esta sagrada ceremonia y te enfrentas a nuestros dioses? —gritó Pelias, intentando sobreponerse a su primera reacción.

—Soy Jasón, hijo de Esón y nieto de Creteo, descendiente de Éolo. Los dioses han guiado mis pasos hasta Yolcos, la ciudad donde nací, para que en ella tome lo que por derecho me pertenece. Mis padres te hicieron creer que nací muerto, pero ya ves que no fue así: me ocultaron y me enviaron lejos. Un centauro me crió y me formó para este día, el día en que la justicia volverá a esta ciudad.

Pelias apenas podía respirar al ver ante sí aquello que tanto había temido. Tragó saliva ásperamente. Se había hecho un silencio tal que en toda el ágora podía oírse el crepitar del fuego en el que se consumía la carne del sacrificio.

—¿Lo que por derecho te pertenece? ¡También yo soy hijo de Creteo! —tronó el rey con voz alterada.

—Pero no eres su hijo legítimo. Eres un usurpador, según marca la ley, y lo sabes.

Los ojos de Jasón brillaban con una fuerza que no admitía réplica. Lucía el mentón endurecido, los brazos arqueados, los puños cerrados y amenazantes... Pelias no podía dejar de pensar en el oráculo y le parecía que, a través de la mirada del resuelto muchacho, eran los mismos eternos quienes le exigían. Temió por su vida, como si se jugara perderla con la siguiente frase que pronunciara. Así, intentando templar su ánimo, escogió muy bien cuáles serían sus palabras.

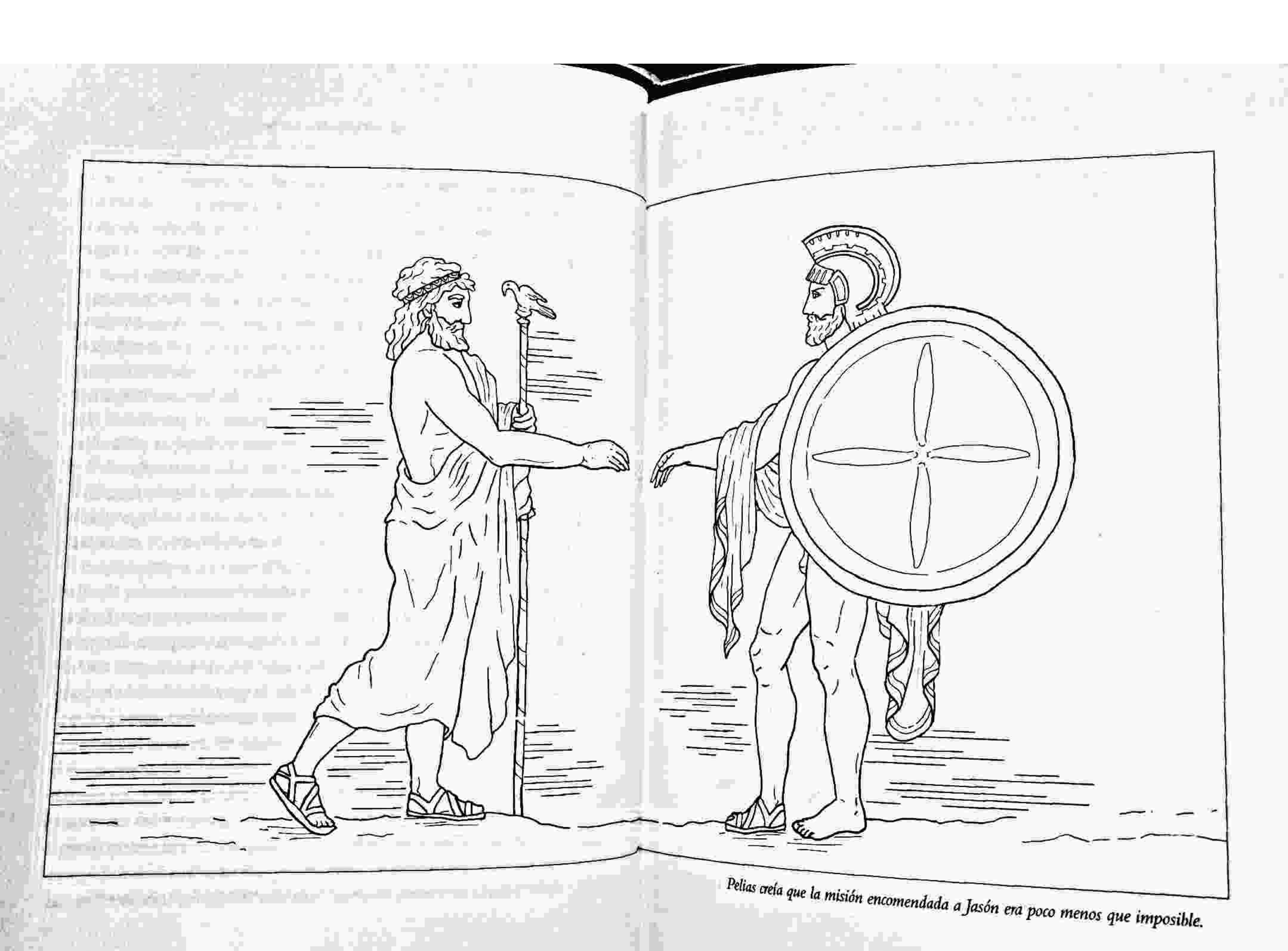
—Acataré la voluntad de los dioses si es cierto, como dices, que ellos te han guiado hasta aquí, y cumpliré mi destino, sea cual sea el que me haya sido reservado. Pero mal soberano de los míos sería si me doblegara ante el verbo insolente de cualquier forastero, sin reclamar prueba alguna. Debes concederme la razón en este aspecto. Si eres el hijo de Esón y los dioses son garantes de tu derecho, no te será difícil demostrar tu genio con hechos, y no con palabras. ¿Qué harías para conseguir lo que demandas? ¿A qué pruebas te someterías? ¿Acaso no temes que caiga sobre ti la ira de mi padre Poseidón?

—Nada temo, ni la ira de los dioses ni las pruebas a las que deba someterme. Nada me distraerá del propósito de recuperar lo que me pertenece por sangre, aunque para ello tenga que alcanzar los confines del mundo conocido.

Al constatar que la ingenuidad daba alas a las declaraciones de aquel muchacho, Pelias sonrió alzando las cejas. Había ganado unos instantes para meditar qué hacer y una idea tomaba forma en su cabeza. Lanzó la siguiente propuesta:

—Sea como dices. Puesto que tanta determinación muestras para llegar al fin del mundo si es necesario, por todos los dioses, ve hasta él. Viaja a la Cólquide y regresa luego a Yolcos con el vellocino de oro que Frixo consagró allí al sanguíneo Ares, señor inmortal de la guerra. El día en que me entregues la lana de ese divino animal no quedará un alma en esta hermosa ciudad, conmigo en primer lugar, que dude de que los dioses están contigo y será justo que yo, humilde, piadosa, legítimamente, ponga en tus manos mi reino.

Así habló Pelias, convencido de que esa misión era poco menos que imposible. Volvió la espalda a su desafiador y se encaminó deprisa hacia su palacio, seguido por sus leales. Seguro del fracaso de Jasón, sonreía para sus adentros, mientras, en el



Pelias creía que la misión encomendada a Jasón era poco menos que imposible.

ágora, el joven permanecía inmóvil. A su alrededor, el profundo silencio dio paso a un murmullo creciente que se convirtió en un ruidoso clamor. Aunque habían pasado veinte años, muchos aún recordaban al rey Esón, y ahora reconocían en su hijo a su heredero indiscutible. La multitud repetía su nombre, pero Jasón seguía impávido. Solo pensaba en una cosa: viajaría por los más recónditos dominios de Poseidón, se enfrentaría a todos los peligros que se le presentaran, todo lo afrontaría, todo lo resolvería, con tal de hacerse con el vellocino de oro.

Recogió sus armas del suelo y se encaminó hacia el templo de Hera seguido por una multitud, pues todos querían ver de cerca al hombre que se había atrevido a enfrentarse al orgulloso Pelias. Era la primera vez en mucho tiempo que tantos se dirigían hasta aquel sagrado lugar. Jasón se adentró en el templo para mostrar su agradecimiento a la diosa e invocar de nuevo su protección. Atravesó la columnata y en la penumbra del recinto central depositó sus lanzas como ofrenda a los pies de la imagen pétrea de la esposa de Zeus.

Cuando abandonaba el edificio, un grito hizo que se detuviera. Una mujer con el rostro desencajado corría hacia él abriéndose paso entre la multitud. Su voz sonaba desgarrada.

—¡Jasón! ¡Hijo mío!

Aunque se había separado de su madre siendo muy pequeño, reconoció una calidez íntima y única en aquellos ojos que lo buscaban de forma febril. Fue a su encuentro y madre e hijo se fundieron en un prolongado abrazo mientras quienes les rodeaban se apartaban en señal de respeto.

—Jasón —repetía Alcímeda, tomando entre sus manos temblorosas el rostro del joven—. Hijo de mi vida, déjame que te vea... ¡Eres un hombre, por los dioses, todo un hombre! —Entonces, sin dejar de mirarlo, una sombra de preocupación le oscureció el semblante—. ¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Vas a volver a marcharte? ¿Por qué los dioses me someten a esta prueba? ¡Ojalá hubiera rendido mi alma aquel funesto día en que Pelias causó nuestra desgracia!

Jasón estaba conmovido y desazonado a partes iguales por el encuentro con su madre. Aunque Quirón había sido un maestro inigualable, crecer sin sus padres, sin su familia, había dejado un vacío en él. Apenas dentro de unos días, sin tiempo para recuperar verdaderamente su vida, tendría que dejarlos otra vez. Supo que su padre seguía con vida, aunque ya bastante envejecido, y sintió su corazón palpitar ante la perspectiva de abrazarlo. Por su parte, Jasón le contó a su madre con todo detalle los años vividos junto al centauro, sus ilusiones y sueños, el viaje hasta Yolcos, el periplo al que se disponía a enfrentarse por el reto que le había lanzado el usurpador. La mujer le acariciaba mientras decía:

—¿Qué haré yo si no regresas? ¿No ves que Pelias espera tu muerte? ¿No ves que no te habría propuesto tal viaje si no estuviera seguro de que jamás volverás a pisar esta tierra?

Una y otra vez, con los ojos anegados por las lágrimas, rogaba Alcímeda a su hijo que desistiera de su empresa, y una y otra vez Jasón trataba de infundir en ella el valor que le restaba el sufrimiento.

—Escúchame, madre: debemos confiar en la protección de Hera y en el patrocinio de Atenea, protectora de las causas justas. No te aflijas por mí, porque estoy determinado a cumplir lo que los hilos del destino han trazado. Detén tu llanto y vayamos a ver a mi padre, pues ardo en deseos de verlo.

Tomó por los hombros a la desconsolada Alcímeda y se encaminaron juntos hacia el hogar que tantos años atrás abandonara en brazos de su madre. Caminaban despacio. Ella con la cabeza baja y la mirada perdida. El hijo con gesto altivo, el rostro desafiante y mirando lejos, como si quisiera atisbar en la distancia aquel mar nunca navegado, aquel lejano confín que pronto habría de hollar.

Esón, el anciano rey caído, se fundió en un abrazo interminable con el hijo al que ya no esperaba ver de nuevo. El encuentro hizo todavía más firme la decisión de Jasón de emprender ese viaje y regresar para reclamar el trono que un día fue de aquel noble soberano traicionado. Lo haría por él, por su linaje y por los dioses que confiaban en él.

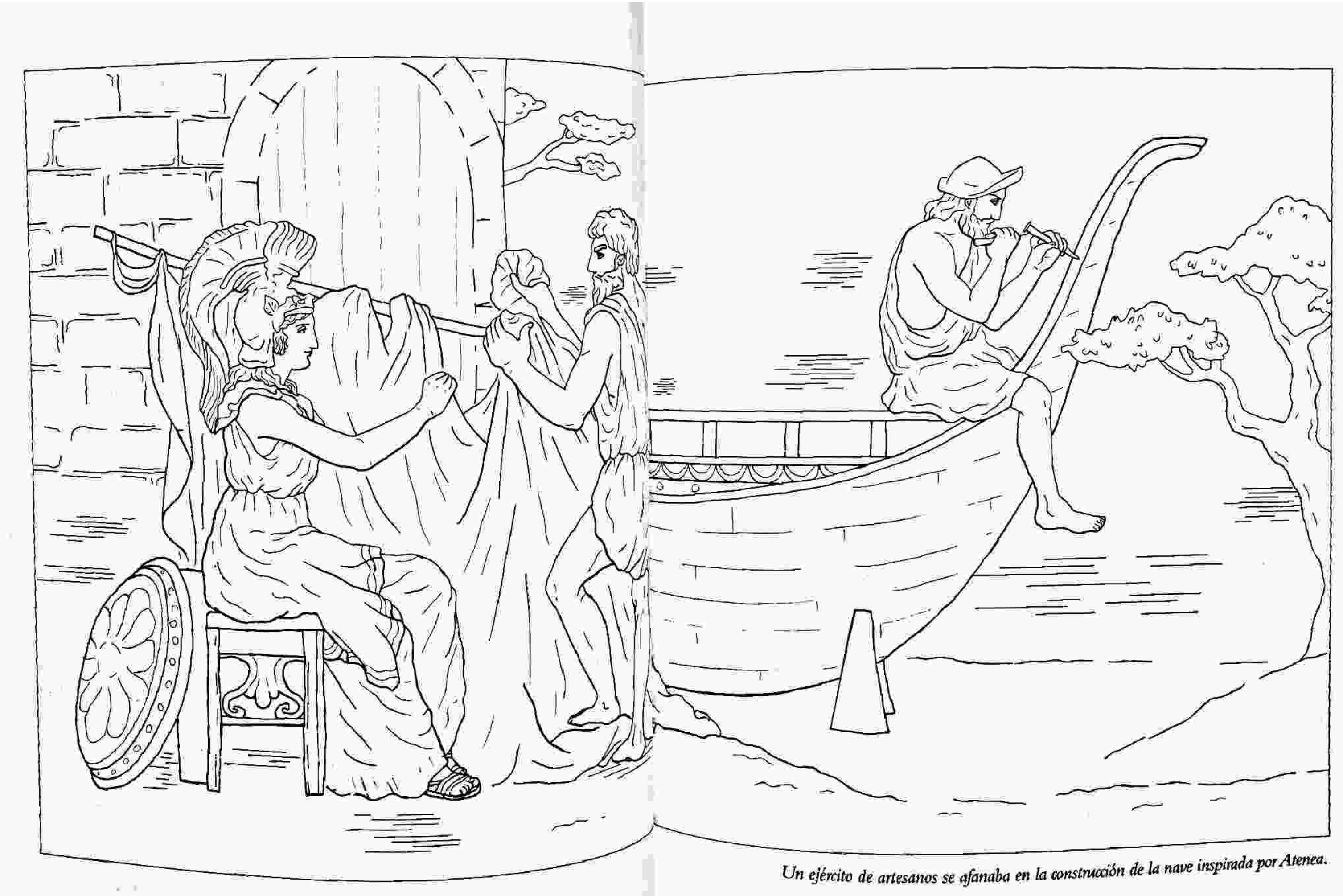
∞

El estallido de incansables martillos retumbaba en la playa de Págasas, cerca de Yolcos, donde un ejército de carpinteros y artesanos se afanaba en la construcción de una colosal nave. Hasta allí llegaban cada día grandes cargamentos de madera de pino y roble desde los tupidos bosques del Pelión, que, cuidadosamente trabajada, iba armando la estructura de una embarcación de quilla recta y larga eslora, capaz de albergar a veinticinco remeros por lado y de afrontar los embates del más furioso de los mares. Un barco provisto de un robusto mástil y una vela cuyo novedoso diseño, en manos del habilidoso Argos, el mejor constructor de naves de la región, había sido inspirado por Atenea. En él embarcarían muy pronto los más destacados héroes de la Hélade, que habían ido llegando a Yolcos atraídos por el reto sin igual que suponía el viaje de Jasón.

El más famoso de ellos, Hércules, descansaba en las afueras de la ciudad de Micenas, a la que su rey, Euristeo, temeroso de su fuerza, no le permitía la entrada. El héroe había cumplido ya con el tercero de los trabajos que, por designio de los dioses, este le había impuesto. Había matado y desollado al prodigioso león de Nemea, decapitado a la hidra de Lerna y acabado con la vida del monstruoso jabalí del monte Erimanto. Aguardaba su próximo encargo cuando su amigo Hilas llegó con noticias de Yolcos hasta la cueva que le servía de refugio. Orgulloso, de corazón firme y acostumbrado al triunfo, en cuanto supo del propósito de Jasón, Hércules tomó una decisión. No ignoraba que abandonar sus trabajos podría enfurecer a los moradores del Olimpo, pero eso no lo arredró. Cargó sobre sus hombros la piel de la fiera de Nemea, que le servía de coraza, y partió hacia el norte en busca de aquel al que ya llamaban el esónida, el hijo de Esón, para participar con él en aquella gran aventura.

Lo mismo resolvió el inteligente y sensible Orfeo, hijo de Calíope, la musa de la elocuencia, cuando en la montaña Pimplea, al norte del Olimpo, oyó cómo esta relataba a sus hermanas el reto al que iba a enfrentarse Jasón. Sabía que sus prodigiosos cantos, capaces de hechizar a las fieras y a la naturaleza misma, serían tan útiles como las armas más poderosas, así que envolvió con cuidado su cítara, una lira y dos de sus flautas, y se encaminó hacia Yolcos.

En aquel momento volvía también hacia allí Jasón, después de consultar el oráculo de Delfos. La visita lo había llenado de esperanza, pues, por boca de la pitia, la sacerdotisa de Apolo, había sabido que todos los dioses, no solo Hera, le eran propicios. Se había detenido para descansar en las



Un ejército de artesanos se afanaba en la construcción de la nave inspirada por Atenea.

cercanías de la ciudad de Sifas cuando un hombre salió a su encuentro para hablarle.

—No me conoces, pero yo sé quién eres. Los rapsodas entonan cantos en tu honor por toda la Hélade y extienden la noticia del desafío al que vas a enfrentarte. Mi nombre es Tifis, y la misma Atenea me ha advertido de tu llegada. Muchos valientes de grandes méritos han emprendido ya el viaje hasta Págasas para unirse a tu empresa, pero, si pretendes alcanzar la Cólquide, necesitarás al mejor piloto. Yo soy ese hombre.

—Si eres tan diestro en el arte de navegar como dices, conocedor de las corrientes y las mareas, hábil ante las tempestades y capaz de orientarte por medio del sol y las estrellas, serás un magnífico guía y gobernarás con pulso firme el timón del gran barco que se está construyendo. Si además tienes la bendición de Atenea, patrona de los navegantes, no hay más que hablar. Seas bienvenido, valeroso Tifis.

Siguieron juntos el camino de vuelta a Yolcos y, cuando alcanzaron las puertas de la ciudad, los recibió un ambiente de euforia incontenible. Nunca antes sus habitantes habían visto nada parecido. Más de cincuenta príncipes y héroes, hijos de dioses y hombres de valor sin igual, recorrían sus calles, perseguidos por grupos de niños que, con cara de asombro, imitaban sus gestos. La gente salía de las tabernas, el ágora o los templos para admirar a aquellos hombres armados con lanzas y espadas, y guarnecidos con cascos y corazas que brillaban bajo el sol. Todos esperaban, impacientes, a que se terminara la nave que habría de llevarles hasta el fin del mundo conocido. Nunca nadie antes había emprendido semejante viaje, una aventura con tan incierto desenlace.

2

Hacia tierras desconocidas

Llegó el día en que estuvo dispuesto el gran barco al que, en honor a su constructor, llamaron Argo. Con las primeras luces, Pelias salió, inquieto, a mirar hacia Págasas desde la más alta terraza de su palacio. Había ordenado a Argos que falseara las juntas de la embarcación, de manera que esta no pudiera resistir los embates del mar, e imaginaba el momento en que la nave se hundiría, llevándose a las profundidades al osado pretendiente. Aún así, temía que algún poderoso dios protegiera al esónida, y rogaba cada día a su padre Poseidón que desatara en alta mar la peor de las tempestades para hundir a Jasón. Mientras el sol extendía su luz sobre la ciudad, abriendo paso a la vida, Pelias maquinaba la muerte.

En el patio de la casa de Esón los pebeteros se mantenían encendidos, perfumando de romero las estancias. Reinaba el silencio, que nadie osaba quebrantar. Fue Jasón quien

lo hizo, con la orden de que le preparasen su coraza y sus pertrechos de guerra, que envolvió en una piel y se echó a la espalda. Ya en la puerta de su casa, no necesitó palabras para despedirse de su padre, cuya mirada le hizo comprender que aceptaba el camino que las Moiras, tejedoras del porvenir, habían tendido a su paso. Sin embargo, no logró consolar a Alcímeda, que se arrojó sobre él intentando detenerlo. Ni siquiera los intensos sentimientos hacia sus padres podían impedir que emprendiera ese viaje.

Salió del hogar. La deslumbrante luz del sol golpeó su rostro y un clamor se alzó ante él, apagando los lamentos de su madre, que, en el umbral, escondía el rostro entre las manos. La multitud se agolpaba en las calles. Todos los habitantes de Yolcos se habían congregado para acompañar al héroe hasta las puertas de la ciudad, y tuvo que abrirse paso entre la muchedumbre, que lo rodeaba y lo animaba con vítores, arrastrándolo casi en volandas.

∞

La poderosa Argo se erguía varada en la arena de la playa de Págasas. A su lado aguardaban los compañeros del esónida, que, al verlo llegar, alzaron sus armas con entusiasmo para saludarlo. Salió a su encuentro uno de ellos: Idmón, a quien el mismo Apolo —su padre— había enseñado a observar las señales de los dioses en la naturaleza. En silencio, el adivino se situó a su lado y lo acompañó los últimos metros. Todos vieron entonces a otros dos hombres que se acercaban a caballo. Eran el propio Argos y Acasto, el hijo de Pelias, que solicitaron unirse al grupo. El valiente constructor de barcos había desobedecido al rey e ignorado sus instrucciones para

sabotear la nave, mientras que el príncipe, que se embarcaba contra los deseos de su padre, era cómplice de este engaño. Asintió Jasón, complacido, a hacerles sitio en el navío y luego invitó a los audaces aventureros que habían acudido allí a sentarse y deliberar para elegir al jefe de la expedición. La mayoría dirigió la mirada hacia Hércules, cuyas proezas lo precedían, pero este, sin levantarse, negó con la cabeza.

—Que nadie me confíe ese honor, pues no lo aceptaré —dijo—. Es justo que nos mande el que nos ha reunido.

Asintieron todos y, de inmediato, Jasón ordenó cavar en la arena un canal frente al barco tan ancho como la nave, donde tendieron rodillos para que pudiera deslizarse sobre ellos. Alzaron y ataron los remos, largaron un cabo en torno al casco y se colocaron a ambos lados del mismo mientras Tifis subía a cubierta para dar la orden, cuando la marea alcanzó la altura precisa. A un grito suyo, empujaron con toda la fuerza de sus brazos hasta hacer que, entre crujidos, el Argo se deslizara dentro del mar. Lo anclaron y subieron a bordo el mástil, la vela y las provisiones. Echaron a suertes después los lugares en los que remarían. Solo Hércules y el fornido Anceo, que había llegado desde Arcadia blandiendo una piel de oso y un hacha de doble filo, quedaron fuera del azar, pues Tifis les adjudicó directamente los bancos centrales.

Antes de zarpar, Jasón recorrió la cubierta del barco con gesto grave. Idmón le había explicado que había presagiado el regreso del Argo, pero también que, por funestos augurios, conocía su propia suerte: el adivino moriría lejos de allí, en algún lugar de las tierras donde el sol se alzaba cada día. No todos regresarían. Jasón llegó hasta la proa pensando en ello. Frente a él, el sol dibujaba en el horizonte marino un

centelleante camino. Un sendero sobre el mar que parecía perderse en un enorme abismo.

Embarcaron y dispusieron los remos mientras el jefe de la expedición vertía sobre el mar la sangre de un carnero como ofrenda a los dioses. Se oyó entonces un enorme bramido que surgía de la popa de la nave. Todos dieron un salto hacia atrás, desconcertados. La diosa Atenea no se había limitado a inspirar a Argos el diseño del barco: con sus propias manos, había incrustado un grueso madero de una encina sagrada que se alzaba en el bosque de Dodona, consagrado a Zeus, un mágico tablón, dotado del don de la palabra y de la profecía, que ahora les apremiaba a partir. Todos sintieron, en aquel intenso momento, que el poder de los inmortales estaba con ellos. Tomaron asiento en sus bancos y clavaron todos a una los remos en el mar, rompiendo las olas.

Con el viento en la cara, Jasón apartó la mirada de la tierra de su padre para dirigirla hacia el mar. Su corazón latía con fuerza. En el otro extremo de la nave, Tifis sujetaba el timón. «¡Remad, argonautas! —gritaba—. ¡Los dioses son testigos de nuestro valor y lo serán también de nuestros triunfos!»

∞

Cuando salieron del golfo de Págasas a las aguas del mar Egeo, alzaron el mástil y desplegaron la vela. A los rítmicos chasquidos de los remos siguió un apacible silencio. Orfeo cantaba alabando a Ártemis y todos le escuchaban, fascinados, mientras la nave se deslizaba suavemente por el piélago azul. A su alrededor, hechizadas por su música, toda clase de criaturas marinas los seguían, insinuándose bajo la superficie

del mar. Primero navegaron hacia el norte y al atardecer pusieron rumbo al este. Al día siguiente un fuerte viento los llevó mar adentro y cuando cesó, después de soplar todo el día, se hallaban frente al rocoso litoral de la isla de Lemnos. Allí decidieron anclar la nave para descansar a bordo.

Desde una atalaya en el punto más elevado de la isla, dos siluetas escrutaban el mar. Apenas divisaron el extraordinario barco, cabalgaron hasta la ciudad de Mirina para informar de su llegada. Al entrar en el palacio real se despojaron de sus cascos y de sus armaduras de bronce, dejando al descubierto sus rostros femeninos y sus delicados pechos. No había hombres en aquel pedazo de tierra. La diosa Afrodita, sintiéndose afrentada porque las mujeres de Lemnos la habían olvidado en sus sacrificios, había decidido castigarlas con un repugnante olor corporal. Sus hombres se olvidaron de ellas y tomaron como concubinas a esclavas tracias, por lo que las lemnias cobraron venganza degollándolos a todos en una sola noche, hacía ya tiempo.

En el trono se sentaba Hipsípila, cuyo rostro se iluminó al conocer la presencia cerca de sus costas de aquellos viajeros. Reunió en asamblea a las mujeres.

—Ya hemos expiado el castigo de Afrodita, y ahora su culto florece como nunca en Lemnos —dijo la reina—. Aceptaremos el reto que pone ante nosotras la diosa del dulce deseo. ¡Enviad a la nave a una doncella para que invite a los extranjeros a entrar en la ciudad!

∞

Todavía no había salido el sol cuando Linceo, que destacaba por la extraordinaria agudeza de su vista, ya había divisado

una pequeña embarcación que, desde la costa, se dirigía hacia el Argo. Enseguida puso sobre aviso a sus compañeros: «Viene hacia nosotros, pero no alcéis la armas, pues a bordo hay solo tres mujeres. Y muy jóvenes».

Desde el bote, junto al barco, una de las doncellas transmitía a los argonautas el mensaje de Hipsípila. Los murmullos crecieron entre la tripulación. Algunos optaban por aceptar el ofrecimiento, pero otros dudaban. ¿Por qué no habían enviado a hombres en vez de a aquellas jóvenes? ¿Acaso se trataba de una trampa? Jasón les pidió que aguardaran. Luego tomó una de sus lanzas, se echó sobre los hombros un deslumbrante manto púrpura y saltó al esquife. «Llevadme hasta vuestra reina», ordenó.

En cuanto atravesó las puertas de la ciudad, un grupo de mujeres se arremolinó tras él. Murmuraban y reían, pero Jasón mantuvo los ojos bajos. Cuando los alzó, ya en el interior del palacio, una sirvienta le ofrecía un asiento recubierto de oro junto a Hipsípila. En el cálido salón del trono flotaban en la penumbra embriagadoras fragancias. Coronadas de flores, tres muchachas con los cabellos blancos alimentaban pebeteros con esencias de romero, menta y azucena, mientras otra hacía sonar una lira. Una vez que el esónida se hubo presentado y habló del motivo de su viaje, la reina le dio la bienvenida mirándolo fijamente a los ojos.

—No te extrañe la falta de varones en la isla, valiente Jasón, ni que te haya invitado a tomar asiento junto a mí, pues hace ya mucho tiempo que nuestros hombres nos abandonaron para unirse a sus esclavas tracias —mintió Hipsípila con voz seductora—. Sois los primeros que, desde aquel día, pisáis nuestro suelo, y doy gracias a Afrodita por haberos

conducido hasta nosotras. Acepta mi hospitalidad, que extiendo a todos tus hombres.

Jasón, fascinado por la sensual belleza de Hipsípila, aceptó su invitación y regresó a la nave para comunicar su decisión a sus compañeros.

Apenas había terminado de hablarles cuando incontables muchachas, ataviadas con transparentes gasas que dejaban ver sus pechos y sus caderas, envueltas de sugerentes perfumes, con los cabellos al viento, aparecieron en tierra. Al verlas, fueron muy pocos los que quisieron permanecer a bordo. A excepción de un pequeño grupo encabezado por Hércules, los demás se lanzaron al agua y nadaron hasta alcanzar la orilla, donde las lemnias les ofrecieron vino y alimentos, que todos aceptaron. Dos, tres y hasta cuatro mujeres por cada hombre los tomaban de los brazos, el cuello y los hombros, los acariciaban y besaban, y, con dulces palabras, palpitantes de deseo, los conducían a sus moradas. Jasón acudió al encuentro de la reina y toda la ciudad lo celebró durante días con interminables banquetes, sensuales danzas y cantos a la diosa del amor. Los argonautas, embriagados de voluptuosidad y entregados al placer, olvidaron su misión.

Día tras día, la navegación se demoraba mientras en la nave crecía la rabia de Hércules. Enfurecido, convocó una mañana a todos sus compañeros en la cubierta del barco, lejos de las mujeres, y, una vez reunidos, les dijo mirándolos con desdén:

—¡Oídme, desgraciados! ¿Acaso creéis que un dios rescatará el vellocino de oro y nos lo entregará cuando se lo pidamos? ¿Cuántos días llevamos ya anclados, perdiendo el espíritu de lucha, el coraje, diluyéndose nuestra fuerza entre

las sábanas? En cuanto a ti, Jasón, ¿prefieres ganar tu fama repoblando Lemnos con tu viril descendencia a hacerlo cumpliendo con la palabra que diste en la tierra de tu padre?

Las palabras del corpulento héroe despertaron la conciencia de Jasón, adormecida por el lujo y los placeres, que tan poco había conocido hasta entonces.

—Tienes razón, Hércules. Debemos cumplir una misión y todavía nos falta un largo camino. —Entonces, dirigiéndose a los hombres del Argo, añadió—: Han sido días muy placenteros, algunos incluso habéis pensado en quedaros aquí, pero debemos levantar amarras.

Aunque algunos murmuraron, todos sabían por qué estaban allí. Tenían que poner fin a esa vida que los apartaba de su cometido. Al cabo de unas horas, el Argo levaba anclas y sus velas se henchían, rumbo al oeste.

De nuevo se quedaron solas las mujeres de Lemnos. Muchas de ellas, como la misma Hipsípila, llevaban en su interior el fruto de sus amores con los héroes. En unos meses, nuevos hombres poblarían aquella tierra.

∞

Los argonautas sabían que se encontraban cerca de la costa, pero les era imposible orientarse en aquel mar plomizo que se fundía con el cielo. El horizonte se había desvanecido y una pesada calma los envolvía, contagiando de pesadumbre su ánimo. Tras batallar durante dos días contra el viento y las corrientes, las aguas se habían detenido. Sin saber qué rumbo tomar, Tifis hizo recoger los remos y Jasón ordenó a todos que descansaran. Solo Linceo permanecía alerta.

—¡Por allí! —gritó el vigía al cabo de un rato.

Señalaba hacia el norte. En la lejanía, un rayo de sol, tal vez obra de un dios, proyectaba un haz de blanquísima luz sobre el mar. Era la entrada al Helesponto, el angosto paso que debía conducirlos hasta mares que pocos de ellos conocían. La actividad volvió al Argo. Avanzaron con prudencia, bogando despacio y, aunque caía ya la noche, consiguieron atravesarlo. La oscuridad parecía eterna y el paso no acababa nunca, pero al amanecer salieron a mar abierto. Delante, penetraba en las aguas una gran península que, con la marea alta, quedaba aislada del continente. En ella destacaba una montaña desde la que podrían otear el horizonte para examinar aquellas aguas ignotas antes de internarse más en ellas. Pusieron pues rumbo hacia una ensenada cercana a su falda.

La alegría reinaba en las calles de Cícico, la capital del territorio de los doliones, pues su soberano, el jovencísimo rey del mismo nombre, celebraba su reciente unión con la hermosa Clite. Aquel día la había traído de la casa de su padre, pero aun así, en cuanto fue informado de la arribada del Argo, salió a su encuentro con una gran embajada. Un oráculo le había revelado que llegaría a sus costas una heroica expedición y, siguiendo el consejo de los dioses, acogió a los recién llegados con amable hospitalidad. Les ofreció vino y corderos, y les informó sobre las ciudades y pueblos más próximos, aunque no supo darles noticia de qué podrían hallar más allá de los límites de su reino, pues eran tierras donde no se había aventurado. Jasón y sus hombres agradecieron su hospitalidad y embarcaron de nuevo.

Navegaron a vela tendida mar adentro durante varias horas, pero al llegar la noche los vientos se desataron con extraordinaria violencia. Enérgicas ráfagas, que cambiaban de

dirección una y otra vez, alteraban por completo el rumbo del barco. Sin luna ni estrellas a la vista, los argonautas solo pudieron izar los remos, arriar la vela y dejarse llevar por las corrientes. Tras largas horas a merced de las olas, llegaron a tierra. Jadeantes, desembarcaron en una pequeña playa sin saber dónde se hallaban, sumidos en una total oscuridad.

De pronto se oyeron gritos de guerra. Los atacaban, aunque no podían distinguir quiénes eran sus enemigos. Fueran quienes fuesen, debían defenderse. Dejando el mar a su espalda, formaron un semicírculo y avanzaron, enarbolando sus armas, hasta que los escudos y las lanzas chocaron en feroz combate. Salpicado de sangre, Hércules abatía con su maza a un hombre tras otro y, junto a él, sus compañeros hundían las espadas en los cuellos y vientres enemigos, y atravesaban con sus puntas los pechos de sus adversarios. Después de perder decenas de hombres, el enemigo se retiró. Al fragor de la batalla siguió un siniestro silencio que los argonautas, en la tenebrosa noche, rompieron gritando sus nombres y respondiendo, uno tras otro. Todos habían salvado la vida.

Al alba, cuando el sol iluminó la playa repleta de cadáveres, un dolor inmenso se instaló en los corazones de los héroes. La sangre que empapaba la arena era la de los mismos hombres que el día anterior les habían brindado su hospitalidad. Eran los doliones, quienes, creyendo que se trataba de invasores, se habían lanzado contra ellos. La tormenta había devuelto a los argonautas al reino que creían haber dejado atrás y, ni unos ni otros, en plena oscuridad, supieron reconocerse. Ensartado en una lanza yacía el jovencísimo rey Cícico. El hijo de Esón, arrodillado ante su descompuesta figura, mesaba sus cabellos invocando a los dioses.

Se desataron entonces violentas tempestades que se prolongaron durante doce días con sus noches. Los argonautas permanecían al abrigo en su nave, anclada en el puerto, doliéndose de su sangriento error. No cesaba la fortísima lluvia y en los cielos, donde resonaban truenos ensordecedores, los rayos rompían las tinieblas descargando su furia sobre el mar. Aquella noche, en la cubierta, Idmón velaba el sueño de los demás cuando un martín pescador revoloteó sobre el banco donde dormía Jasón, gorjeó varias veces en el aire y luego se posó en la popa del barco. Los dioses les enviaban una señal. La diosa Cibeles, madre venerada de aquella región llamada Frigia, mostraba su ira por el sangriento error.

◇◇◇

Bajo la intensa lluvia, los argonautas alcanzaron la cumbre de la montaña antes del amanecer e hicieron ofrendas con sangre y vino para aplacar la ira de la diosa. Orfeo reunió a los más jóvenes, entre los que estaban los gemelos Cástor y Pólux, los llamados Dioscuros, de cuya hermana menor, Helena, se decía que era la mujer más hermosa que vivía sobre la tierra. Experto el primero de los hermanos en el manejo de los más veloces caballos y en el pugilato el segundo, eran ejemplo de ausencia de rivalidad y generaban en los demás gran confianza. Se coronaron con hojas de encina, formaron un corro y, mientras Orfeo hacía sonar unos cascabeles, danzaron golpeando fuertemente los escudos con sus espadas. Invocaban a la diosa. De repente, comenzaron a brotar frutos de los árboles y de las rocas manó una fuente de caudal inagotable. Se aclararon los cielos, quedando inmaculados, como si el aire se limpiara para hacer visible en

la distancia la costa que los circundaba, la de un mar interior. Desde aquellas alturas contemplaron una brumosa boca que tal vez llevara a nuevos mares. Hacia allí tenían que dirigirse, parecían indicar los eternos al hacerles tan claro aquel lugar todavía lejano que no hubieran advertido de otro modo.

Embarcaron bajo un sol radiante, eufóricos, ansiosos por partir. Las condiciones eran perfectas y era tan intenso su deseo de emprender el viaje que compitieron por ver quién sería el último en dejar de remar. Avanzaba el barco como si lo impulsaran todos los vientos, y así siguió haciéndolo después de que el cansancio venciera a todos los remeros menos a uno. Desde el centro de la cubierta, solo Hércules impulsaba la nave y lo hacía con tal fuerza que uno de los remos se partió, perdiéndose entre las olas. Desde aquel momento, y hasta que encontraran un lugar donde tallar uno nuevo, no haría otra cosa que mirar con ansiedad al horizonte.

La nave alcanzó un golfo a cuyo resguardo Jasón decidió detenerse para descansar. En aquellas tierras abundaban los bosques y, en cuanto desembarcaron, Hércules se adelantó apresurado en ellos en busca del árbol del que tallaría su nuevo remo.

Hilas, que lo había acompañado, lo dejó atareado en ello y luego, llevado por la curiosidad, se internó por sendas fragosas de la floresta sin saber que solo las recorrían seres divinos. Como estaba sediento, se dispuso a llenar de agua una vasija de bronce en un manantial que halló a su paso. Ignoraba que aquel era un lugar sagrado donde cada anochecer las ninfas celebraban a Ártemis con sus cantos. Oscurecía y, desde montañas, bosques y torrentes, se encaminaban ya hacia allí las hermosas criaturas. Una de ellas, oculta tras una

cascada, contemplaba al bello Hilas cuando el certero Eros, hijo de Afrodita, lanzó una flecha hacia su corazón, que se inflamó de amor por el joven. En cuanto este se agachó ante el manantial, la enamorada ninfa surgió de entre sus aguas y, tomándolo con fuerza por el cuello, lo hundió en un remolino, llevándolo consigo a las profundidades.

Hércules oyó su grito y corrió en su auxilio, pero cuando llegó hasta el lugar de donde había surgido la voz solo halló el cántaro. Buscó en el agua, inspeccionó las rocas, miró desesperado entre los arbustos y los árboles, pero no había ni rastro de él. Hilas había desaparecido. Arrebatado por el dolor, el héroe se adentró corriendo en los bosques en busca de su querido compañero. Durante toda la noche lo llamó gritando su nombre una y otra vez, y hasta mil veces invocó a los dioses. No obtuvo respuesta.

Al alba, Tifis ordenó izar la vela para aprovechar el viento favorable, y solo se percataron de la ausencia de sus compañeros cuando navegaban ya por aguas profundas, a gran distancia de la costa. El regreso les haría perder de nuevo el día, pero ¿iban a dejar atrás al mejor de sus héroes?

Jasón permanecía en silencio, atenazado por la indecisión. Si volvían atrás y luego descubrían que Hércules había decidido abandonarlos por otra aventura, los ánimos quedarían muy afectados. Por otra parte, ¿podría realmente el poderoso Hércules haber encontrado un peligro insoslayable? Cuando el esónida dejó Yolcos para emprender esta aventura no reparó en la cantidad de decisiones difíciles que debería tomar como caudillo. En aquel viaje no solo estaba descubriendo nuevas tierras sino cuál era el paisaje que crecía en su interior, de qué materia estaba hecha su voluntad.

Entonces intervino Pólux, de carácter menos diplomático que su hermano. Su ademán no mostraba temor alguno ante la bravuconería de aquel hombre.

—Escucha, quienquiera que seas, ¿qué señor de su casa negaría simple agua de manantial, ese mínimo de hospitalidad, a unos viajeros que llegan desde tan lejos? ¿Tan ruin es este reino que hay que pagar por el agua que sale de la tierra? —Sus ojos brillaban peligrosamente.

—Soy Ámico, rey de los bébrices —respondió el otro, dándose a conocer como reconocimiento a la bravura de quien le hablaba—. Y es justamente como dices: quiero un pago, y en forma de lucha, a muerte.

En medio de un tenso silencio, los argonautas se miraron intentando decidir si valía la pena responder a aquel desafío o ignorarlo, a riesgo de que el rey volviera con una fuerza más numerosa que ellos. No dudaban de que, llegado el caso, saldrían airosos de otra batalla a campo abierto, pero tampoco olvidaban el enfrentamiento con los doliones. Antes de que ninguno de ellos se pronunciara, volvió a hablar Pólux, que confiaba plenamente en sus habilidades como luchador.

—Muy bien. Lucharemos. Tú y yo. A muerte. Dime dónde y cuándo, y allí estaré.

Ámico los emplazó al día siguiente y los argonautas, cansados y sedientos, regresaron al Argos para poder preparar el combate.

◇◇◇

Pólux y Ámico se miraban frente a frente dentro de un gran círculo de arena. El primero, prudente y reservado, lo hacía con cautela, concentrado en sus pensamientos, y el segundo,

violento e imponente, con la furia y las maneras de un toro salvaje. A un lado, cubriendo las espaldas de Pólux, se situaban los argonautas, con sus cascos, petos de bronce y armas de hierro que brillaban al sol. Al otro, también armados, permanecían los belicosos bébrices, furiosos seguidores de su orgulloso caudillo. Con sumo cuidado, Cástor ataba a los dedos y los puños de su hermano las duras correas de piel de buey con las que este iba a enfrentarse al más arrogante de los hombres, aquel rey hijo de Poseidón que se jactaba de haber matado a centenares en el pugilato, la lucha con los puños.

Un hombre sopló una caracola, cuyo sonido se expandió a los cuatro vientos. Iba a comenzar la lucha. El rey se lanzó en tromba sobre su adversario, pero no pudo alcanzarlo. Lo intentó una y otra vez, moviendo hacia delante sus poderosos brazos como martillos, sin lograr tocar al otro ni en una sola ocasión. El veloz Pólux, moviéndose con suma agilidad, lo esquivaba continuamente mientras estudiaba sus fortalezas y sus puntos débiles, y en cuanto se percató del rudo arte de su oponente, se sintió preparado para presentarle los puños. Al fin chocaron entonces, y con gran violencia. Se golpearon mutuamente en los brazos, el pecho y la cara hasta que, sudorosos y jadeantes, se separaron para tomar aliento. De nuevo atacó primero Ámico, quien, después de varios intentos infructuosos de alcanzar al otro, perdió la paciencia y puso toda su fuerza en lanzar su enorme puño bien derecho contra su rival; pero este, desviando la cabeza con un ágil movimiento, consiguió que solo lo tocara en el hombro. Como el rey se había inclinado y desestabilizado para concentrar su energía en aquel golpe, Pólux flexionó las rodillas y, aprovechando la debilidad momentánea de su

adversario, descargó certeramente un durísimo golpe sobre su oreja izquierda, fracturándole el cráneo. Ámico se desplomó hacia un lado y murió allí mismo.

Al ver a su caudillo derrotado, los enfurecidos bébrices se abalanzaron contra Pólux blandiendo sus armas, pero los argonautas estaban preparados. Cástor había levantado ya su espada y defendía a su hermano enfrentándose a sus enemigos y desbaratando su ataque, y el fornido Anceo libraba la batalla enarbolando su hacha, con la que hirió de muerte, de un solo golpe, a tres de ellos. Jasón y los demás los siguieron, desarmando la firmeza de los atacantes, que se dispersaron por Bebricia para anunciar la suerte de Ámico y su propia desgracia.

◇◇◇

Junto a la nave, amarrada a un enorme laurel ribereño, unos curaban a los heridos, pues varios habían sido alcanzados por las armas de los enemigos, y otros preparaban una gran cena. El botín había sido abundante y no les faltaban ovejas, carneros y vino, ni toda el agua de la fuente ferozmente custodiada por Ámico con que pudieron llenar los odres. Todos estaban muy alegres, cansados pero satisfechos, y conversaban rememorando lo ocurrido.

—Imaginad —decía uno de ellos— qué hubieran hecho esos cobardes bébrices si Hércules aún se hallara entre nosotros. Ni siquiera habría habido pugilato, pues el de la piel del león de Nemea, con un golpe de su maza, no habría dejado que ese presuntuoso rey terminara su discurso.

Las risotadas de sus compañeros jaleaban las palabras del argonauta.

—Pero ha sido voluntad de los mismos dioses que lo hubiese —replicó Jasón con voz serena—, como lo fue que Hércules regresara a sus trabajos. Con su noble victoria ante Ámico, Pólux no solo ha ganado fama, sino que ha hecho que nos acerquemos un poco más a nuestro destino.

Coronaron luego al vencedor con las hojas del mismo árbol que sujetaba al Argo y se entregaron de nuevo al banquete. Ninguno de ellos durmió aquella noche, en la que Orfeo cantó hasta el amanecer celebrando la gran hazaña del Dioscuro. Desataron las amarras con la primera luz del día y, dibujando una blanquísima estela sobre el mar, se dirigieron hacia la boca del Bósforo.

◇◇◇

En aquel mismo momento, en la tierra de Tinia, a pocos días de distancia, un anciano se incorporaba del lecho, intranquilo. A pesar de sus muchos años, todavía poseía el don profético que un día le concediera Apolo y, aunque el padre Zeus lo había castigado con una interminable vejez y había cegado sus ojos para siempre por haber revelado a los hombres con demasiado detalle su sagrada voluntad, Fineo presentía la llegada de los héroes. Cuando estuvo convencido de que ya se encontraban cerca, se apoyó en su bastón y salió en su busca, tanteando los muros. No llegó muy lejos, pues estaba muy débil, y cayó en el umbral de un patio cercano, víctima del vértigo. Allí lo encontraron los argonautas, tal y como le habían vaticinado los dioses, y allí mismo notó su presencia en torno a sí el adivino Fineo cuando regresaba de su desmayo.

—Si sois aquellos que, a causa del terrible mandato de un rey, vais en busca del vellocino de oro —les dijo con ansiedad—,

¡por Zeus, protector de los suplicantes, por el clarividente Apolo y por la propia Hera, la que entre todos los dioses vela por vuestro viaje, socorredme! Todos los días mi mesa está llena de alimentos pero, en cuanto mis manos los tocan, las devastadoras harpías descienden desde el aire, tan rápidas como el viento, y me los arrebatan para devorarlos, dejando los restos impregnados de un hedor tan repugnante que me resulta insoportable. Llevo mucho sin comer. ¡Ayudadme, héroes, a acabar con esta condena, que es la causa de mi extrema debilidad!

Dos de los argonautas se sintieron especialmente conmovidos por las tribulaciones del anciano. Eran Zetes y Calais, hijos de Bóreas, el dios del viento del norte. Poseían una extraordinaria cualidad: adornaban sus sienes y sus tobillos con brillantes alas de doradas plumas que les permitían viajar por los cielos tan rápido como las aves, de manera que no temieron enfrentarse a aquellos terribles seres, mitad pájaro y mitad mujer.

—Si hemos sido elegidos por los dioses para acabar con las harpías, lo haremos —dijo Zetes tomando de la mano al viejo para calmarlo—. Pero antes, Fineo, júranos que revelarás a nuestro caudillo Jasón todo lo que sepas sobre los portentos que nos esperan. Necesitamos conocer más sobre las aguas y los pueblos que encontraremos en nuestra ruta. Es por eso por lo que hemos parado en tus tierras, pensando que sus gentes sabrían de ello.

Así lo juró Fineo, con lágrimas en sus ciegos ojos, invocando a Apolo y al destino. Los dos hermanos, desenvainando sus espadas, acudieron hasta la bien provista mesa del anciano. En cuanto este tocó la comida, descendieron de las

nubes, como relámpagos, las espantosas y violentas harpías, provistas de imponentes garras, y lo devoraron todo en un instante. Luego alzaron el vuelo sobre el mar, pero esta vez las siguieron Zetes y Calais, cuyas veloces alas les permitieron alcanzarlas, aunque a gran altura y después de una larga persecución, de manera que, sin darse cuenta, habían puesto una distancia inmensa respecto a la tierra del adivino maldito. A la velocidad del viento, las acosaron en los cielos con sus espadas, y habrían acabado con ellas si no hubiera sido otra la voluntad de los dioses. Cuando ya las habían agotado y buscaban un momento de debilidad que permitiera asestarles un golpe mortal se interpuso en su camino la rápida Iris, la mensajera de los inmortales, que detuvo su vuelo enfrentándose a ellos.

—No es lícito, hijos de Bóreas, que ataquéis con vuestras espadas a las harpías, las perras del gran Zeus. Yo misma presto juramento y os doy mi palabra: quedarán ocultas en una caverna lejana y jamás volverán a molestar a Fineo.

Los hijos de Bóreas aceptaron la palabra de Iris y emprendieron el regreso mientras sus compañeros, en la tierra Tinia, agasajaban al adivino. En su casa, por fin libre de la maldición, Fineo comía y bebía sin descanso y, relajado por completo, les daba ya sus vaticinios.

—Escuchad, argonautas. A muy pocos les está permitido conocer todas las cosas con detalle, mas lo que se revela grato a los dioses y yo pueda saber, no os lo ocultaré. Un gran peligro os aguarda en adelante, si cruzáis el estrecho que lleva al mar de aguas oscuras que baña la Cólquide, al que llaman el Ponto Euxino. Allí donde se estrecha el mar se encuentran las dos rocas Cianeas, las rocas coincidentes, que



En cuanto Fineo tocó la comida descendieron, como relámpagos, las violentas harpías.

nadie ha atravesado, pues se juntan de improviso y chocan terriblemente la una contra la otra aplastando cuanto hay en su camino y escupiendo gigantescas olas por encima de los acantilados. Tendréis una única opción de pasarlas, pero debéis hacer lo que os digo: cuando estén separadas, soltad una paloma que vaya por delante del navío. Si consigue llegar al otro lado, tendréis una posibilidad de alcanzar el gran mar oscuro.

—Cuando lleguemos allí, ¿qué vamos a encontrar? ¿Cuál es la mejor ruta a la Cólquide? —preguntó Jasón.

—En el caso de que consigáis pasar las rocas, tenéis que navegar luego frente a las costas de los bitinios, que son las que quedarán a vuestra derecha, y más allá, seguir frente a la tierra de las amazonas. Por esa ruta, dejaréis atrás numerosos pueblos y reinos antes de llegar a una pelada isla, poblada solamente por unas aves muy peligrosas. Puedo deciros que allí, del áspero mar, os llegará una ayuda, pero no puedo revelaros cuál, pues no quiero volver a echar sobre mí la ira de los inmortales. Si Zeus lo quiere, arribaréis al último extremo del oscuro mar, donde ya no podréis continuar, pues ese es el límite oriental de los mares navegables, la frontera habitada del mundo, según dicen muchos: se trata del río Fasis. Junto a su desembocadura veréis por fin las murallas de Ea, la capital de los colcos, que gobierna el rey Eetes. Muy cerca de la ciudad se encuentra el sagrado bosque de Ares. Allí, en el tronco de una encina que guarda una gigantesca e inmortal serpiente, un ser que no duerme jamás, se halla el vellocino de oro. Nadie ha vencido nunca a ese ser, que emite un turbador silbido que puede oírse a una gran distancia.

Los argonautas se estremecieron al saber que deberían enfrentarse a un monstruo inmortal, pero Jasón pensaba sobre todo en el regreso.

—Dime, Fineo —continuó preguntando, cauteloso—, si conseguimos atravesar las rocas, penetrar en el Ponto Euxino, navegarlo y alcanzar la tierra de los colcos, ¿cómo regresaremos desde la ciudad de Ea? ¿Deberemos volver por el mismo camino o hay algún modo de evitar los peligros ya conocidos?

—Mantén tu confianza en los dioses, pues que regreséis o no está en sus manos. Existen otras rutas de vuelta, como tantos hilos tejen el destino, pero ten en cuenta que no alcanzaréis el éxito en vuestra misión empleando solo vuestras habilidades, vuestra inteligencia o vuestra fuerza. Necesitaréis la ayuda de los dioses y las facultades de quienes hallaréis en el camino para que vuestros trabajos tengan éxito o fracasen. Y no me preguntéis más sobre esto, porque esto es lo único que se me permite revelar.

Los argonautas le agradecieron su esfuerzo y se sintieron aliviados, porque ahora podían anticipar los peligros y tener idea de qué tierras visitarían. Con el corazón alegre, comprobaron que la vida del anciano había vuelto a la normalidad, pues las gentes se acercaban hasta su casa y le llevaban comida, y a todos atendía Fineo, que, con sus vaticinios, podía librar a muchos de sufrir penalidades.

Aquella misma tarde, mientras compartía su tiempo con los héroes, el rey adivino recibió la visita de Parebio, uno de sus amigos más queridos, a quien pidió que trajera el mejor de sus corderos. Cuando este fue en su busca, el anciano reunió en torno a sí a sus invitados y les contó su historia.

—No todos los hombres son soberbios, amigos míos, ni olvidan una buena acción —les dijo—. Este Parebio a quien habéis visto vino a mí para conocer su destino. Cuanto más trabajaba y se fatigaba, más apremiante era para él la necesidad de sustento y más desesperaba. No sabía que pagaba un penoso castigo por una falta de su padre, quien en una ocasión desatendió las súplicas de una ninfa de los árboles, una dríade que, entre sollozos, le rogaba que no cortara el tronco de un roble de su edad, en el que había pasado toda su vida. Él, joven y arrogante, lo cortó, y la ninfa le procuró, a él y a su descendencia, un pernicioso destino. Aconsejé a Parebio que alzara un altar a la ninfa y realizara sacrificios expiatorios, y desde entonces escapa a la desgracia enviada por los dioses y me asiste en mi prolongada vejez.

Jasón se levantó, pensativo, y salió. Afuera, tiñendo de rojo y añil el mar y el cielo, el sol se escondía en el horizonte. Pensó en su padre, el anciano Esón. Después de veinte años junto a Quirón, poco sabía en realidad de lo que había acontecido en su casa, y apenas recordaba algún retazo de su primera infancia, cuando su padre se sentaba en el trono de Yolcos. Cuando se reencontró con sus padres sintió una emoción inmensa, y la ternura que despertaba en él su anciana madre era grande. Por filiación sentía que la verdad estaba de parte de su padre, pero no conocía exactamente los motivos de unos y otros, más allá de lo que le había contado Quirón y de lo que había ido escuchando aquí y allá. Y sin embargo, ¿por qué no había combatido Esón a su hermanastro Pelias para defender su reino? ¿Acaso debía pagar él, como Parebio, una falta de su padre? Le invadió un mal presentimiento que no pudo evitar.

Una mano se apoyó en su hombro. El sensible Orfeo, al notar su ausencia, había salido en su busca. Mientras Fineo hablaba había percibido una sombra en la mirada de Jasón.

—Solo los dioses, que guarnecen de belleza el mundo, conocen nuestro destino —dijo perdiendo su mirada en el hermoso atardecer—. Son inútiles nuestros esfuerzos por desvelarlo, por mucho que volvamos nuestro corazón hacia el pasado, buscando en él errores o aciertos. Mira a tu alrededor. Los mejores hombres de la Hélade han unido su destino al tuyo, dispuestos a derramar su sangre y a dar sus vidas por esta heroica empresa. Nada de todo eso habría ocurrido si la justicia no estuviera de tu parte. Tú no eres Parebio ni Esón es como su padre. En el día de hoy nuestros corazones deben estar alegres, únete al banquete.

Así lo hizo Jasón, reconfortado. Las sensatas palabras de Orfeo habían logrado ahuyentar sus fantasmas. Poco después, no con uno, sino cargado con dos corderos, llegó Parebio a la reunión. Los sacrificaron en el hogar y se repartieron su carne, que cocinaron los más jóvenes. En el exterior comenzaban a soplar, desde el norte, los vientos etesios.

—Soplan ya los vientos que enfrían la tierra e impiden la navegación —observó Fineo—. Durarán cuarenta días, y son los mismos que Zeus envió a Aristeo, el benefactor hijo de Apolo y de la ninfa Cirene, para alejar de las islas Cícladas una terrible peste. Como tú, Jasón, aquel pastor de rebaños que conocía como nadie las artes de la medicina y la adivinación, también se había criado en la cueva del centauro Quirón. Construyó cerca de aquí un magnífico altar dedicado a Zeus y fue el primero en celebrar sacrificios rituales en honor de Sirio, la más luminosa estrella de la constelación

del Can, cuya aparición en los cielos nocturnos, como ocurre en estos días, siempre es un siniestro presagio.

—Si durante cuarenta días soplan esos vientos —contestó Jasón alzando su copa ante sus compañeros—, durante cuarenta días permaneceremos en tierra, y unidos trabajaremos para alejar de nosotros cualquier presagio triste. Como en su día hizo Aristeo, también nosotros construiremos un gran altar que sirva para honrar a los doce olímpicos. Pero debes saber que todos nosotros tenemos fe en nuestra misión. Hemos recorrido un camino largo, plagado de dificultades, y no habrá presagio ni augurio que nos detenga. Prudencia, toda, pero miedo, nunca. Y ahora, argonautas —dijo alzando la voz—, gocemos de la fiesta y preparémonos para la parte decisiva de nuestro periplo.

Así lo hicieron. Durante semanas trabajaron en una cantera cercana tallando con cuidado blancos mármoles hasta alzar junto al mar un sólido altar, circundado por una balaustrada hecha de la misma piedra. Allí ofrecieron ofrendas y sacrificios a los dioses todos los días, y todos los días les pidieron su protección, pues en cuanto cesaran los vientos iban a enfrentarse a aquel paso hacia el mar, guardado por las imprevisibles rocas coincidentes que, según decía Fineo, nadie había conseguido superar. Sin embargo, la llama de la determinación ardía en el interior de cada argonauta.

◇◇◇

Cuando llegó el día en que los vientos cesaron, la misma Atenea se detuvo a observar las maniobras de aquel magnífico barco, que partía poniendo rumbo hacia una de las más duras pruebas de su viaje. Esta vez iba a bordo una paloma

blanca. La sujetaba con una mano el veloz argonauta Eufemo mientras llevaba el remo con la otra y, con el movimiento, la traía una y otra vez hasta su pecho. Descendió la diosa con rapidez desde los cielos y, atenta a los acontecimientos, puso uno de sus gigantescos pies sobre la costa tinia del Ponto Euxino, dispuesta a no perder de vista al Argo.

Frente a los argonautas se alzaba una impresionante pared de roca, cinco veces más alta que el mástil de la nave, en la que se abría una profunda y tenebrosa grieta. Hacia allí les conducía la corriente, a una velocidad vertiginosa, hasta un estrecho paso donde las rocas Cianeas, rodeadas de escollos, se unían y se separaban en medio de un estruendo infernal. Tuvieron que hacer una boga lenta, a contracorriente, delante de la entrada, para no dejarse arrastrar al interior. Eufemo soltó entonces la paloma, que voló en dirección al peligroso paso. Muchos contuvieron la respiración. Se oyó el rugir de las olas batiendo contra los acantilados y el retumbar de las gigantescas rocas, que se acercaban la una a la otra, y todos temieron que el ave no pasara. Pero en el último momento, dejando atrás la punta de una de sus plumas caudales, la paloma salió indemne. Los argonautas lanzaron gritos de alegría y remaron con fuerza hacia el interior de la angosta lengua de mar aprovechando la resaca, pues las rocas se abrían de nuevo. Entonces, cuando ya estaban dentro, se cruzó en su camino una enorme y encrespada ola, que Tifis pudo sortear en parte y que les hizo retroceder. El timonel corrigió hábilmente el rumbo e hizo que el barco cabalgara sobre una nueva ola, que los volvió a impulsar hacia delante de modo que parecía que los llevaría al otro lado. Sin embargo, no tuvo la fuerza suficiente. El Argo quedó atrapado en medio del paso.

Las rocas bramaban alzándose desde las profundidades y se acercaban al barco por ambos lados. Los hombres, pese a su valentía, temieron lo peor, pues la fuerza inconmensurable del agua les daba más respeto que todos los guerreros con los que habían luchado hasta ese momento. Movían los remos, maniobraban con las velas, Tifis golpeaba impotente el timón, pero el casco parecía varado a merced del oleaje y los vientos. Se veían ya estrellándose contra las rocas, aplastados.

De repente, el barco pareció levitar y un viento de una potencia inusitada lo lanzó por los aires. En un vuelo inesperado, la nave sobrepasó las Cianeas como una flecha y se abrió paso hasta el gran mar negro, donde se posó con suavidad. Jasón y los argonautas no salían de su sorpresa, pues nunca habían visto nada igual. Fuera como fuese, al igual que la paloma, lo habían conseguido.

En aquel momento las dos rocas coincidentes, muy cerca la una de la otra, se arraigaron fuertemente para no volver a moverse jamás. En aguas ya tranquilas, Tifis inspeccionó el casco buscando desperfectos. El Argo solo había dejado atrás los ornamentos de popa. Desde lo alto de una de las rocas, una lechuza miraba con atención ladeando la cabeza. Si hubiera podido sonreír, sin duda lo habría hecho.

4

EL MAR DE LAS AGUAS OSCURAS

No perdían de vista, a su derecha, los perfiles de la costa. El fuerte viento era ahora su aliado. Agitaba las drizas y hacía que el barco surcara, veloz, aquel mar negro. Antes de partir, Fineo les había descrito algunos de los pueblos que hallarían en el camino. Al ver que superaban un cabo que sobresalía entre enormes e inaccesibles acantilados, entendieron que se hallaban ya cerca de las tierras de los mariandinos, donde se proponían descansar durante unos días. Esperaban ser bien recibidos por ellos porque eran enemigos tradicionales de los bébrices.

La noticia de la muerte de Ámico a manos de Pólux se había extendido ya por las tierras del rey Lico, soberano de los mariandinos, quien había aprovechado la desbandada del ejército enemigo para recuperar territorios. Cuando recibió noticia de que el Argo se acercaba a sus costas, el rey fue a recibirlo acompañado de sus mejores hombres. La nave atra-

có y bajaron a tierra Jasón y Pólux, al que dos sacerdotes del templo de Apolo recibieron como a un dios, coronándolo con laurel y coreando su nombre. Tras ellos, entre los gritos de júbilo de la multitud, desembarcaron los demás y fueron conducidos hasta el palacio del soberano, en lo más alto de la ciudadela. Bajo una lluvia de pétalos de flores y hojas de laurel recorrieron triunfantes las empinadas calles de la ciudad.

Después de un largo día de sueño reparador, los argonautas se solazaron entre amigos en un gran banquete. Cómodamente recostado entre cojines, Jasón narró a su anfitrión los desafíos a los que se habían enfrentado desde que partieran de Yolcos. Algunos de sus compañeros se habían desperdigado por los bosques cercanos con la intención de procurarse buena caza, pero la mayoría gozaban del espléndido festín. Corría el vino, una dulce música llenaba las estancias y las bandejas rebosaban de exquisitos frutos y de carnes y pescados. El rey Lico, a quien Jasón informaba acerca del nombre y la estirpe de cada uno de los héroes, estaba entusiasmado con el relato.

—El renombre y la gloria ya son vuestros —proclamó el rey, alzando su copa.

—Aún no, rey Lico —replicó Jasón, siempre prudente—. Hemos cubierto más de la mitad del camino, pero en realidad el momento verdaderamente importante de nuestra misión todavía está por llegar.

—Espero que culmines con éxito la travesía junto a tus valientes, Jasón.

De pronto se abrieron las puertas de la estancia y entraron en una carrera frenética los argonautas Idas y Peleo trayendo entre sus brazos al adivino Idmón, que se desangraba, gravemente herido. Un enorme jabalí lo había atacado cuando cazaban en la marisma y con sus afilados colmillos le había seccionado uno de los muslos, por donde había perdido mucha sangre. A la llamada perentoria del soberano mariandino, los médicos del rey comparecieron apresuradamente y allí mismo se desvivieron por tratar de salvarlo. Sin embargo, se veía claro que no había nada que hacer. Ante la impotencia de todos, Idmón exhaló el último suspiro sobre la mesa del rey Lico. Se cumplía así el funesto vaticinio que él mismo, antes de partir, había hecho en la playa de Págasas. Los argonautas quedaron desolados, cayendo algunos sobre sus rodillas y retirándose otros a las estancias que habían dispuesto para ellos, donde se entregaron al llanto y al dolor. Eran ya muchas las jornadas pasadas desde que partieron de Yolcos, muchos días de navegación, de lucha, de hambre y sed, de incertidumbres y de augurios. Hasta unos héroes como ellos se sentían pequeños ante lo implacable de la muerte.

Las más ancianas mujeres de la casa de Lico prepararon el cuerpo para sus funerales. Lo lavaron, lo ungieron con aceite, lo envolvieron en un sudario, dejando su cara al descubierto, y lo situaron, con los pies hacia la puerta, en una pequeña estancia junto al patio de entrada al palacio. Allí permanecieron los argonautas llorando a su amigo durante tres días, y allí mismo puso Jasón sobre sus rígidos párpados dos monedas, con las que el espíritu de Idmón pagaría al barquero Caronte su viaje hacia el reino de Hades a través de la laguna Estigia. Llevaron luego su cadáver en procesión hasta lo alto de un monte cercano, donde, a la sombra de un olivo centenario, habían erigido su pira. Después quemaron

su cuerpo, apagaron las cenizas con vino y las depositaron en una urna, que enterraron y aseguraron entre grandes piedras.

En ese momento, Tifis cayó al suelo, desmayado. Temblaba como si el frío de la muerte se hubiera apoderado de su cuerpo, pero su frente ardía.

Durante dos días estuvo postrado en la cama, y parecía que caía por un pozo cada vez más profundo. Sus compañeros fueron perdiendo la esperanza de que su audaz timonel venciera a la enfermedad. No toleraba el agua, los alimentos, ni los remedios que habían preparado para él los médicos de palacio, y violentos espasmos sacudían su cuerpo, muy debilitado ya. En el lecho, empapado de sudor, su vida se apagaba.

El dolor les encogía el corazón. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué maldición silenciosa había caído sobre ellos? Apenas unos días después de la muerte de Idmón, los argonautas volvieron a cumplir con los ritos funerarios. En la cercana colina, junto al túmulo donde reposaban las cenizas del adivino y bajo la copa del gran olivo, dieron sepultura a su hábil timonel, cuya destreza les había permitido cruzar el Helesponto y sortear las rocas Cianeas.

Al acabar, Jasón reunió a los argonautas en el barco, que estaba amarrado a tierra. Como la muerte, que en tan poco tiempo los había visitado dos veces, así también el abatimiento, el cansancio y la tristeza se extendían por la cubierta del Argo como una sombra siniestra. Sin Tifis, la esperanza de alcanzar el país de los colcos se desvanecía. Entre los hombres se imponía el silencio y crecía la preocupación, y Jasón no sabía qué decir para tranquilizarlos. Entonces, el vigoroso Anceo se destacó entre ellos con ímpetu y se



Jasón reunió a los argonautas en el barco, amarrado a tierra.

dirigió al timón, al que se abrazó con energía, para hablar desde allí a sus compañeros.

—Es ya mucho el tiempo que llevamos en tierra extraña y no deberíamos dar la espalda a nuestro destino —les dijo con vehemencia—. Yo mismo conduciré la nave, aunque hay entre nosotros otros valientes que lo harían igualmente. No debemos temer a lo que está por venir, pues es mucho lo que hemos superado juntos. Este ánimo decaído no nos ayudará a seguir adelante y hacernos con el vellocino de oro. Seremos héroes entre los héroes. Pero para eso hay que levantarse y luchar, contra lo que venga, sí, pero primero contra nosotros mismos.

Jasón, que escuchaba atentamente, quiso poner a prueba a sus hombres.

—Estás en lo cierto, Anceo: tenemos que sobreponernos. Ahora bien, tú, hijo de Poseidón, eres realmente un hombre bravo. Dejaste la isla de Samos para unirte a nuestro viaje, no por ser diestro en la guerra sino porque eres experto en naves, pero ¡mira a tus compañeros! La muerte que nos ha arrasado aflige sus corazones y están resignados a aceptar un triste y vano destino en estas tierras. ¿No ves que han renunciado al vellocino de oro? Prefieren envejecer aquí y no regresar a la tierra de sus padres. Respetemos su decisión, si es tal, mientras nosotros continuamos el viaje.

Los argonautas se sintieron afectados por estas palabras, en las que no se reconocían. ¿Habían perdido el valor? ¿Preferían una vida tranquila antes que llegar al final de su aventura? Algunos de ellos se levantaron, molestos, incluso indignados, queriendo reivindicarse. Al ver esa reacción, Anceo entendió la argucia de su jefe y gritó con entusiasmo:

—Eso no ocurrirá, Jasón. ¡Alzad los ánimos y dadme el timón! ¡Prometo conduciros hasta nuestro destino y de regreso a la Hélade!

Todos los argonautas se pusieron de pie y bramaron al unísono, excitado de nuevo su ánimo. Sus clamores se extendieron por toda la costa de los mariandinos y llegaron hasta el palacio, donde el rey Lico sonrió para sus adentros: los héroes volverían pronto a ponerse en marcha.

◊◊◊

Anceo gobernaba el barco con total seguridad. Aprovechando una fuerte y constante brisa, abandonaban ya aquellas tierras en las que quedaban las cenizas del prudente Idmón y del habilísimo Tifis. Jornada tras jornada navegaron a vela y a remo, siempre con la proa del barco apuntando al sol naciente. Dejaron a un lado desembocaduras de ríos, grandes acantilados y desérticas playas. Bitinia quedaba atrás y recorrían la costa de Paflagonia, según les habían explicado. Atravesaron el grandísimo delta del Termodonte, que esquivaron gracias a los fuertes vientos, evitando así enfrentarse con las belicosas tribus de amazonas que habitaban aquel territorio. Mas allá vieron que se destacaba en el horizonte el perfil de una isla, y no pocos pensaron que podía tratarse de aquella contra cuyas aves el adivino Fineo les había prevenido.

Intentaban superarla sin acercarse demasiado cuando uno de los hombres soltó de golpe su remo. Sobre su hombro izquierdo había caído desde el cielo una materia viscosa que parecía excremento. Alzaron la mirada y vieron cómo, desde lo alto, varias aves de gran tamaño, con pico, garras y alas de bronce, sacudían con violencia sus plumas y lanzaban sobre

ellos aquella repugnante sustancia. Con su veneno, aquellos seres alados arrasaban los cultivos desde su morada en esa desértica isla consagrada al dios de la guerra. Al ver el navío cerca de sus costas, las aves se fueron concentrando por decenas sobre él profiriendo agudos gritos. Mientras su compañero de banco intentaba limpiarse el líquido, que ya le corroía la carne, y vendarse la herida, los héroes tomaron los arcos y lanzaron flechas contra los pájaros. Cayeron algunos, pero la defensa no era suficiente, pues más y más aves acudían a la llamada de las otras, oscureciendo el cielo sobre ellos.

Jasón propuso una estrategia: se colocarían los cascos y moverían sus rojos penachos para intentar ahuyentarlas, y mientras una bancada remaba, otra levantaría los escudos sobre sus hombros, conformando una potente coraza. Golpeando una y otra vez los escudos con sus espadas de hierro, quizás lograrían que aquellas aves huyeran.

Los argonautas obedecieron y, siguiendo las órdenes de su caudillo, se protegieron y empezaron a provocar un estruendo infernal. Sus enérgicos golpes lograron alejar a los pájaros, aunque, al dejar la nave a merced de las corrientes, se vieron arrastrados hacia la isla y tuvieron que varar el barco junto a una playa. La estratagema dio resultado.

◇◇◇

Mientras descansaban en tierra, recuperándose del ataque de las insidiosas aves, los aventureros vieron a lo lejos un navío colco que se bamboleaba peligrosamente en medio del mar. Comenzaba el otoño, y lo que durante el día había sido un ligero soplo del viento del norte, con la caída de la noche se

estaba convirtiendo en una violenta tempestad. Un poderoso rayo, quien sabe si lanzado por el mismísimo soberano celeste, resquebrajó el cielo y cayó sobre las aguas, cuyas olas se volvieron negras montañas. Llovía copiosamente y el aire soplaba con fuerza salvaje. El temporal y la oscuridad arrebataron el navío de la vista de los argonautas, sin embargo, todos pensaron, con desazón, que en medio de tamaña tempestad era improbable que aquel navío alcanzara con bien la costa.

El día siguiente amaneció despejado y plácido. Fue Linceo, el de larga vista, quien descubrió a cuatro tripulantes desmayados sobre la arena. Habían conseguido mantenerse a flote al agarrarse a un gran madero, al que el oleaje había impulsado en medio de la noche hasta las orillas de la isla, donde quedaron inertes y casi desnudos. Hacia ellos se dirigieron rápidamente los héroes, con Jasón al frente. Los reanimaron, les proporcionaron agua, ropas y alimento, y cuando respondieron al esónida, que les preguntó por su nombre y las circunstancias de su naufragio, los argonautas apenas podían creer lo que oyeron: eran hijos de Frixo y Calcíope, la hija del rey Eetes de Cólquide; habían naufragado después de zarpar del puerto de Ea para ir en busca de los bienes de su abuelo, el rey Atamante.

Por un instante, Jasón revivió su tantas veces repetido sueño en el que, con las manos ensangrentadas, se veía junto a Frixo mientras este alzaba hacia el cielo el sagrado vellocino que Hermes, el mensajero divino, había hecho de oro. Aquellos cuatro hombres pertenecían a su mismo linaje, pues Atamante y su abuelo Creteo eran hermanos. Ahora estaba seguro de que los dioses habían intervenido para favorecer

tal encuentro y de que a ellos se había referido el rey adivino Fineo cuando vaticinó que, llegados a la isla de las aves, recibirían una ayuda, pero no quiso revelarles de quién.

—Amigos míos —les dijo—, sin duda ha sido el gran Zeus, que libró a vuestro padre de la muerte y le procuró riqueza y larga vida en la Cólquide, quien ha hecho que os encontráramos. Soy Jasón, hijo de Esón y nieto de Creteo. He viajado junto a estos héroes, los más audaces de toda la Hélade, con rumbo a Ea para cumplir una sola misión: llevar de regreso con nosotros el vellocino de oro. Su rescate reparará el sacrilegio cometido por vuestro abuelo Atamante cuando, inducido por su segunda esposa, quiso inmolar en el altar de Zeus a Frixo y a Hele, hijos de su primera mujer.

Los náufragos quedaron asombrados de lo que oían, pero inmediatamente después les invadió un temor que no pudieron esconder. El poderoso rey Eetes no permitiría que los argonautas se hicieran con el vellocino de oro.

—Nos habéis devuelto a la vida y no os faltarán nuestra fuerza ni nuestro apoyo cuando sean necesarios —dijo el mayor de ellos—, pero Eetes es un soberano de mirada fiera y cruel carácter; está dotado de enorme fortaleza y reina sobre un gran número de pueblos que son magníficos guerreros y le guardan lealtad absoluta. No os acogerá favorablemente si pretendéis haceros con la dorada piel del carnero que sacrificó nuestro padre.

—También nosotros contamos con muchos nacidos con la sangre de los inmortales y somos expertos en las artes de la guerra —replicó con arrogancia el sagaz Peleo—. No hemos llegado hasta aquí, después de enfrentarnos a mil y un peligros, para regresar con las manos vacías. Si Eetes no

nos entrega amistosamente el vellocino, no le valdrán en su defensa todas las lanzas de los colcos.

Asintieron los héroes, dando por buenas las palabras de su compañero, pero en el templado ánimo de Jasón habían prendido las palabras del hijo de Frixo. Desde el principio de su viaje había sabido que el final de la misión iba a ser la parte más difícil y, aunque mantenía la esperanza de conseguir su propósito, sentía en aquel momento una especial responsabilidad. Ahora, cuando se hallaban tan cerca de su objetivo, era el momento de mostrar su auténtica naturaleza. Así, intervino para calmar los ánimos:

—Ya veremos, Peleo, si una vez en la Cólquide es necesario hacer uso de las armas. Por el momento, tenemos sobrados motivos para alegrarnos. Eetes no nos impedirá la entrada a su ciudad si nos acompañan los hijos de Frixo, que, además, pueden guiarnos durante el último tramo de nuestro viaje. Dad gracias a los dioses por haber salvado la vida, y también vosotros, argonautas, por haber llegado vivos hasta aquí. Embarquemos ahora y no perdamos más tiempo. ¡Toma el timón, Anceo, y pon proa al límite del mundo conocido!

Animados, los héroes sentían ya la proximidad de la Cólquide. Se pusieron rápidamente manos a la obra: levaron anclas, izaron la vela y emprendieron la marcha, con buen viento, dejando atrás la isla de las aves. No tardarían en divisar las nevadas cumbres que marcaban el confín del Ponto Euxino.

Ya caía la noche cuando se vieron frente a la desembocadura del río Fasis. Sin hacer ningún ruido, recogieron las velas y abatieron el mástil de la embarcación, que tendieron en

la cubierta y lo amarraron con fuerza. Enseguida abordaron a remo las aguas de la gran corriente del río, que remontaron despacio. A su izquierda, a lo lejos, se elevaban montañas inmensas, y en la cercanía se divisaban ya las antorchas que iluminaban la ciudad de Ea. A su derecha se extendían la llanura de Ares y los bosques consagrados a él, donde la terrible e insomne serpiente, engendrada por Gea, la Madre Tierra, guardaba el vellocino de oro. En la proa del barco, con gesto grave, Jasón rogaba a los inmortales que les fueran favorables mientras vertía sobre el río libaciones de vino puro. Ya avanzada la noche, llevaron el Argo hasta una oscura y oculta laguna, donde lo anclaron y, vigilantes, esperaron la llegada de la aurora.

5



El vellocino de oro

Provocada por la misma Hera, una abundante niebla se había extendido al amanecer por la ciudad de Ea, de manera que Jasón, acompañado por algunos de sus hombres y por los hijos de Frixo, pudo recorrer sus laberínticas calles sin ser molestado. Con las primeras luces, y después de alcanzar la magnífica ciudadela de Eetes, atravesaban el patio más elevado del palacio, en torno al cual se erigían los aposentos del rey, de su hijo Apsirto y de sus dos hijas, Calcíope y Medea. Avanzaban con sigilo, pero no pudieron evitar que esta última, sacerdotisa de Hécate, la diosa de las almas de los muertos y los hechizos, se percatara de su presencia y, alarmada, pusiera sobre aviso a su hermana. Calcíope salió corriendo al patio para abrazar a sus hijos, llorando de alegría, pues había perdido la esperanza de volver a verlos después de que Frixo, antes de morir, les hubiera ordenado partir de viaje. Alertado por su guardia,

que lo flanqueaba, Eetes apareció en el umbral de su estancia sin poder esconder su sorpresa y desconfianza ante la repentina presencia de aquellos que habían partido hacía tan poco. ¿Qué habría ocurrido? ¿Quiénes serían los acompañantes de sus nietos?

Se disipaba ya la bruma cuando, a través del aire, llegó en aquel instante, invisible, el pícaro Eros. Provisto de su arco y de sus portentosos dardos, capaces de encender de amor los corazones de dioses y mortales, el hijo de Afrodita cumplía un encargo de su madre. Con ojos penetrantes y sonrisa burlona, se agazapó debajo de Jasón y, desde allí, disparó con fuerza una de sus intangibles flechas, que se clavó en el pecho de la hermosa Medea. Flaquearon las piernas de la joven, que notó cómo un penetrante calor encendía su rostro. El estupor invadió su ánimo, inflamado de pasión por el héroe de inmediato. Su prudencia habitual y su razón le habían sido arrebatadas de golpe y su alma se inundaba de un tierno dolor. No entendía su turbación, pero tampoco le importaba. Solo sabía que no podía apartar los ojos del apuesto extranjero que se había deslizado de improviso en el palacio real.

Los naufragados revelaron enseguida ante el rey sus trágicas circunstancias y su rescate por los argonautas, resaltando su buen trato, el parentesco con Jasón y el origen divino de tantos de sus hombres. Pero cuando expusieron los motivos de su viaje, los grandes ojos de Eetes, del color del oro, se encendieron de ira.

—¿Cómo os atrevéis, hijos de Calcíope, a presentaros ante mí con forasteros que invocan a los dioses para esconder falsedades? —gritó—. ¡Debería cortaros la lengua

y las manos en este mismo instante por haberos aliado con quienes vienen desde la Hélade en busca del cetro y la dignidad real!

Dando un paso adelante, Jasón trató de calmar su furia.

—No es esa la intención que me trae a tu reino, gran Eetes, ni tampoco he venido hasta aquí por mi voluntad. ¿Quién atravesaría tantos mares y afrontaría tantos peligros por hacerse con un bien que podría tomar más fácilmente en su tierra, si así lo ambicionara? El deseo de justicia en mi propia casa me ha impulsado y los dioses me han mostrado el camino hasta este reino que no deseo, porque yo reclamo el trono de mi padre. Concédeme el dorado vellón, pues la estirpe de los eólidas no escapará a la cólera de Zeus si no expiamos el sacrilegio cometido por Atamante. Junto a mis compañeros, que son diestros en la lucha, te compensaremos con nuestra ayuda emprendiendo contra tus enemigos cualquier acción de guerra que quieras ordenarnos.

El poderoso soberano se debatía pensativo entre hacerlos matar allí mismo o ponerlos a prueba para comprobar si, efectivamente, los dioses estaban con ellos. Optó por la prudencia.

—Si sois de la estirpe de los inmortales y venís sin ser inferiores a mí, podría darte el vellón, pero no sin que pruebes tu fuerza y tu valor. No recelo de los hombres intrépidos, así que, para conseguirlo, realizarás un trabajo que yo mismo llevo a cabo. En la llanura de Ares pacen dos toros míos, de patas y cuernos de bronce, que exhalan fuego por la boca. Úncelos, si es que puedes, a un yugo y a un tiro de metal que Hefesto, dios de la fragua, forjó para

mí, y ara con ellos un gran campo, en el que sembrarás unos dientes que te daré. Verás que estos dientes, que son del dragón que guardaba la fuente del dios de la guerra, al crecer tras tocar la tierra se transformarán en hombres armados. Solo después de haberlos vencido a todos en el mismo día podrás llevarte el vellocino.

Le empresa parecía colosal, pero Jasón, tras unos instantes de silencio tenso, comprendió que era necesario no contradecir al vigoroso Eetes. Resignado, aceptó el desafío con dignidad.

—Afrontaré la prueba a la que me sometes, por excesiva que sea, y aceptaré mi destino, aunque haya de cumplirse con mi muerte.

Se retiró luego, acompañado por los nietos del rey y sus hombres, mientras la enamorada Medea sentía que su espíritu volaba tras los pasos del héroe.

De regreso al barco, abatidos por la impotencia, los hijos de Calcíope, que conocían las artes de su tía Medea, a quien Hécate había enseñado a aplacar el aliento del fuego y a detener las corrientes de los ríos, no tuvieron reparo en proponer una arriesgada empresa. Si su madre intercedía, quizá pudiera obtener de Medea alguna acción que protegiera al esónida. Entretanto, Eetes exhortaba a sus capitanes a vigilar de cerca a los extranjeros y urdía un plan: tan pronto como sus toros hubiesen destrozado a Jasón se desharía de todos los argonautas y de sus propios nietos.

◇◇◇

En medio de la oscura noche, dos desconsoladas mujeres se abrazaban, con lágrimas en los ojos. La mayor, Calcíope,

había recibido en secreto a sus hijos y sabía que sus vidas corrían peligro, pues a buen seguro Eetes veía en aquel suceso la oportunidad de librarse de ellos. La menor, su hermana Medea, se desesperaba pensando en aquel repentino y funesto amor que la hacía debatirse entre el respeto que debía a la casa de su padre y su irrefrenable deseo por un héroe cuya muerte en la llanura de Ares era más que probable. La bella hechicera, una mujer fuerte e independiente, señora de su voluntad, había sido formada por su tía, la poderosísima maga Circe, hija de Helios y hermana de Eetes, y había intentado vivir siempre su vida con una libertad considerable, dedicada al estudio y a la magia. Pero ahora se sentía desconcertada por el intenso ardor que arrasaba su pecho.

—¡Hermana! —le exhortó Calcíope—. Usa tus artes para proteger al extranjero, porque me temo que solo él puede salvar a mis hijos de la ira de nuestro padre.

El corazón de Medea dio un vuelco al oír esta petición.

—Lo haré —respondió entonces—. No lo dudes ni un instante.

Ambas secaron sus lágrimas y se conjuraron por Gea y por Urano, los dioses de la Tierra y el Cielo, para que su plan no llegara a oídos de su padre.

Las horas que transcurrieron hasta las primeras luces se le hicieron eternas. A solas en su estancia, Medea se debatía en su interior. Una y otra vez tomaba entre las manos y volvía a dejar en el suelo el pequeño cofre en el que guardaba sus mágicas pócimas, unas benéficas, capaces de volver a un hombre indestructible, y otras de efectos tan terribles como la muerte. En lo más profundo de su corazón, sin embargo,

deseaba con todas sus fuerzas que llegara la luz de la mañana. Tomó del recipiente la poción que salvaría a Jasón y, con una cinta, la ciñó fuertemente a su pecho. Pronto iba a encontrarse con él.

◊◊◊

Una cálida brisa acariciaba el rostro de la hechicera. En las cercanías del templo de Hécate, en las afueras de la ciudad, Medea miraba con inquietud hacia los caminos y temblaba cada vez que el viento hacía crujir la hojarasca que, en su desazón, confundía con el ruido de pasos. No tuvo que esperar mucho tiempo. Apenas apuntaba el sol en el horizonte cuando Jasón se mostró ante ella. Por un instante creyó que su corazón se le saldría del pecho. Clavados sus pies en el suelo, sus ojos se nublaron y un intenso rubor inundó sus mejillas. Al tenerla cerca, después de haberla entrevisto en el palacio, Jasón tampoco fue inmune a la singular belleza de Medea y a la intensidad de su presencia, sus espesos cabellos negros, su nívea tez, sus ojos infinitos, el dulce aroma que emanaba de su piel. Cuando percibió el esónida la rendida actitud de aquella hermosa joven, sintió que su garganta se secaba y una inesperada flojedad dominaba sus miembros. Mudos, permanecieron el uno frente al otro mirándose largo rato, hasta que Jasón juntó el valor necesario para dar salida a las suaves palabras que apetecían a su ánimo.

—Tu belleza brilla con amables bondades. Hablemos abiertamente, puesto que venimos bien dispuestos el uno hacia el otro. En este lugar sagrado imploro tu ayuda: sin ti no superaré la prueba a la que me somete Eetes. Si me amparas, yo procuraré tu renombre y tu gloria y obtendrás



Jasón tampoco fue inmune a la belleza de Medea y a la intensidad de su presencia.

la gratitud de los dioses que nos han acompañado hasta la tierra de tu padre.

Ella, azorada, hubiera querido darle a conocer al héroe con sus propios labios el volcán que bullía en sus adentros, pero el amor la ahogaba. Solo sus ojos, radiantes como dos dorados soles, expresaban su gozosa emoción. En un impulso, sacó de entre su pecho la pócima que portaba y la avanzó hacia él.

—Invoca a Hécate para que esta pócima salvadora surta efecto. Embadurna con ella todo tu cuerpo y también tu escudo, tu lanza y tu espada, y mañana serás el guerrero más incontenible que ha conocido el mundo.

Jasón tomó la pócima de sus manos, y al hacerlo rozó con sus dedos los de ella, de manera que los dos sintieron un estremecimiento. Entonces, mirándolo intensamente, ella cogió su mano derecha y le dijo entre lágrimas:

—Acuérdate, si algún día regresas a tu casa, del nombre de Medea, como yo me acordaré de ti cuando estés lejos. Pues si me olvidas, mi cuerpo no vivirá y mi alma viajará hasta Yolcos para recordarte que te salvaste por mi voluntad.

—Jamás me olvidaré de ti si escapo a la muerte —dijo el esónida—. Si llegas a la Hélade, lo harás en vida, y allí serás honrada y respetada como a una diosa, y compartirás conmigo el lecho como mi esposa, siempre que tú así lo quieras.

Medea se conmovió, enferma de amor, mientras que, en el Olimpo, Hera, que de nuevo había inspirado las palabras de Jasón, sonreía con malicia. Había sido ella quien había visitado a Afrodita en su olímpico palacio, acompañada de Atenea, para pedirle que su hijo Eros hechizara a la doncella

de Eetes. Su plan se estaba cumpliendo. Medea sería el instrumento de su venganza contra Pelias.

◇◇◇

Eos, la aurora, iluminaba ya las nevadas cumbres del Cáucaso, cuando el poderoso Eetes, que vestía su mejor armadura y sostenía una antorcha en la mano, subía a un carro, conducido por su hijo Apsirto, y se encaminaba hacia la llanura de Ares junto a sus feroces guerreros. Durante la noche, Jasón había cumplido con las instrucciones que le había dado Medea y sentía ahora un vigor desconocido, una fuerza irrefrenable. Aunque había vivido ya hechos extraordinarios a lo largo del viaje, ese empuje lo sorprendía, porque el prodigio se obraba en él mismo. Tomó su casco, pero se desprendió de su coraza y, con el pecho desnudo, se plantó ante el rey y toda su corte, que desde una pétrea ladera, ante la llanura, esperaban ya su pronta muerte. Guardando las espaldas del héroe, los argonautas habían amarrado su barco a la orilla del río Fasis y por orden suya permanecían todos a bordo, jaleándole.

Clavó en el suelo la lanza y, llevando solamente su escudo, buscó las huellas de los dos gigantescos toros, que, en cuanto sintieron su presencia, salieron de su cubil subterráneo y corrieron hacia él expulsando por la boca enormes llamaradas. El esónida no se movió, firme como una roca, y con su escudo detuvo su tremenda embestida. Envuelto en fuego, agarró por los cuernos a uno de ellos y, frenando su impulso, lo acercó al yugo y lo obligó a arrodillarse golpeando con el pie sus broncíneas patas delanteras. Al segundo animal lo derribó de un solo golpe de puño, colocándolo enseguida

junto al otro. Ató luego a sus nucas el pesadísimo yugo y ajustó el timón del arado, calzó su escudo a la espalda y, situándose entre ambos, les picó en los flancos con su lanza. Al principio los astados cabecearon y mugieron con fuerza, escupiendo fuego por las fauces y lanzando coces al aire con sus patas traseras, pero, viéndose dominados, pronto se apaciguaron y se dejaron conducir por Jasón, que clavó el arado en la tierra. En los profundos surcos que iba dejando el poderoso tiro fue él arrojando los dientes del dragón, hasta que hubo sembrado con ellos todo el campo.

Apenas había detenido el tiro, cuando surgieron de la tierra, como si se tratara de gigantescas espigas, un sinnúmero de guerreros fantasmales armados con lanzas de doble punta, provistos de brillantes cascos y sólidos escudos, dispuestos para la lucha. Lanzaban ya los colcos grandes gritos, seguros de la derrota del héroe, pero enmudecieron todos cuando Jasón, desde la distancia, arrojó en medio de los terrígenos una enorme piedra que alzó una muralla de polvo. De ese modo se confundieron los guerreros de Ares, tan peligrosos como poco inteligentes, pues carecían de razonamiento. Creyendo cada uno que el enemigo era el de al lado, se enzarzaron en una refriega entre ellos, rugiendo como perros salvajes. Luego, con su desnuda espada en alto, Jasón fue a su encuentro, segando las vidas de cuantos encontraba en su camino. A unos abriéndoles el vientre, a otros haciendo que rodaran sus cabezas, a los más, matándolos antes de que terminaran de surgir de la tierra, que quedó anegada con su negra sangre. Cuando el día se ocultaba, la prueba estaba cumplida y superada.

Vencido por primera vez, Eetes sentía el orgullo herido en su marcha de regreso a la ciudadela. Entró furioso en el palacio e hizo llamar a sus generales, decidido a pasar por las armas a los extranjeros. Una sola idea turbaba su espíritu: inicialmente había sospechado una conjura de los hijos de Calcíope, pero ahora estaba claro que habían sido mágicas artes las que habían salvado a Jasón, unas prácticas que no le resultaban desconocidas, que albergaba en su propia casa, que realizaba la mano de su propia hija. Quería negarse a creerlo, pero solo era un engaño. Le hervía la sangre.

Medea supo enseguida que su intervención no había pasado inadvertida. La ira de su padre en forma de gritos y golpes retumbaba por los corredores. Escondida en sus aposentos y avergonzada por su acción, ocultaba su rostro entre las manos y se mesaba los cabellos, que se agitaban al ritmo de su llanto. Pese a la atracción irrefrenable que sentía por Jasón, haber traicionado a su propio padre le dolía en lo más hondo. Lamentaba decepcionarlo, se sabía una mala hija que había deshonrado su casa. Era tal su pena que pensó en ahorrarle el esfuerzo a su padre y encaminarse ella misma a llamar a las puertas de Hades. Lo habría hecho si Hera no hubiese inspirado su huida. En un arrebato, tomó de su cofre secreto todas las pócimas, besó su lecho y las jambas de la puerta de su habitación, acarició las paredes y cortó luego un mechón de su cabello, que dejó en la alcoba como recuerdo de su doncellez. Entonces, deshecha en lágrimas, atravesó una tras otra las puertas del palacio, que, por encantamiento, se abrieron y cerraron por sí mismas. Salió sin ser vista de la casa de su padre y corrió descalza hacia el atardecer. Su corazón palpitó con violencia cuando divisó en la orilla del río la hoguera con la que los argonautas celebraban el triunfo de Jasón junto a los hijos de Calcíope.

—¡Protegedme, os lo ruego, antes de que mi padre nos alcance para quitarnos a todos la vida! —gimió abrazando con ambas manos las rodillas de sus sobrinos.

Jasón acudió al oír el alboroto y, enternecido, hizo que Medea se levantara del suelo.

—Amado Jasón, a quien daré el dorado vellocino, júrame ahora mismo, ante tus compañeros, que no me dejarás partir menospreciada y sin honra.

El héroe tomó la mano derecha de la muchacha, fría como el hielo, entre las suyas.

—Que el propio Zeus Olímpico y su esposa Hera sean testigos de mi juramento —dijo clavando la mirada en sus bruñidos ojos—. Yo te instalaré en mi morada como legítima esposa cuando alcancemos de regreso la tierra que me vio nacer.

Esas palabras fueron el bálsamo que la bella maga necesitaba para encontrar consuelo a su pena. Sin poderse contener más, lo abrazó, y al ver la felicidad en sus preciosos labios, el corazón del esónida se estremeció.

No había tiempo que perder. Embarcaron y, de inmediato, los argonautas remaron con fuerza para llevar la nave río arriba, hacia el bosque de Ares, mientras Medea, con los brazos tendidos hacia la ciudad de su padre, lloraba por el exilio inevitable.

Siguiendo las instrucciones de los hijos de Calcíope, pronto alcanzaron el Lecho del Carnero, donde Frixo había sacrificado al sagrado animal después de alcanzar la Cólquide. Allí desembarcaron el jefe de la expedición y su amada para adentrarse en el sagrado bosque. Los árboles se fueron espesando hasta cerrar casi por completo el paso de la luz de la luna, de manera que la pareja se vio envuelta en una

tiniebla angustiosa que los hacía avanzar despacio. Caminaron sin detenerse hasta encontrar la gran encina. Sobre ella, el vellocino resplandecía como una dorada nube, guardado por la enorme serpiente insomne, que, al verlos, levantó su espantosa cabeza, silbando y haciendo crujir las durísimas escamas que recubrían la piel de su cuerpo enroscado alrededor del tronco.

—Retrocede, Medea. Ese monstruo podría acabar con los dos —susurró Jasón desenvainando su espada.

—Guarda tu arma, Jasón, que nada puede contra este enemigo, y confía en los poderes que me transmitió Circe, la hechicera más poderosa que jamás haya existido —dijo resuelta Medea, poniéndole la mano en el pecho.

Desconcertado ante la firmeza de la joven, el héroe no pareció dispuesto a obedecer. Intentó hablar de nuevo, pero ella se lo impidió:

—Has vivido el tiempo de la lucha y de la valentía, de los prodigios que pueden los dioses y de su poder. Ahora es el tiempo de la magia y de los sortilegios de la antigua hechicería.

Habiendo hablado así, salió ante la serpiente invocando con dulce voz el sueño protector de la infernal Hécate. Como si flotara, se deslizó hasta situarse junto a la bestia encadenando una tras otra sus letanías. A pesar del encantamiento, el monstruo abría y cerraba las fauces mostrando dientes enormes y afilados de donde goteaba un líquido humeante, venenoso. Jasón temía por su valerosa enamorada, pero se esforzaba por respetar su voluntad. En una de las veces en que la serpiente abrió la boca, Medea tomó una rama de enebro, la mojó con una de las pócimas que

portaba y, entre conjuros, roció con ella al monstruo. Este lanzó un ruido sibilante y, poco a poco, fue resbalando por el tronco hasta acabar a los pies de la maga, dormida por fin, tras siglos de vigilia.

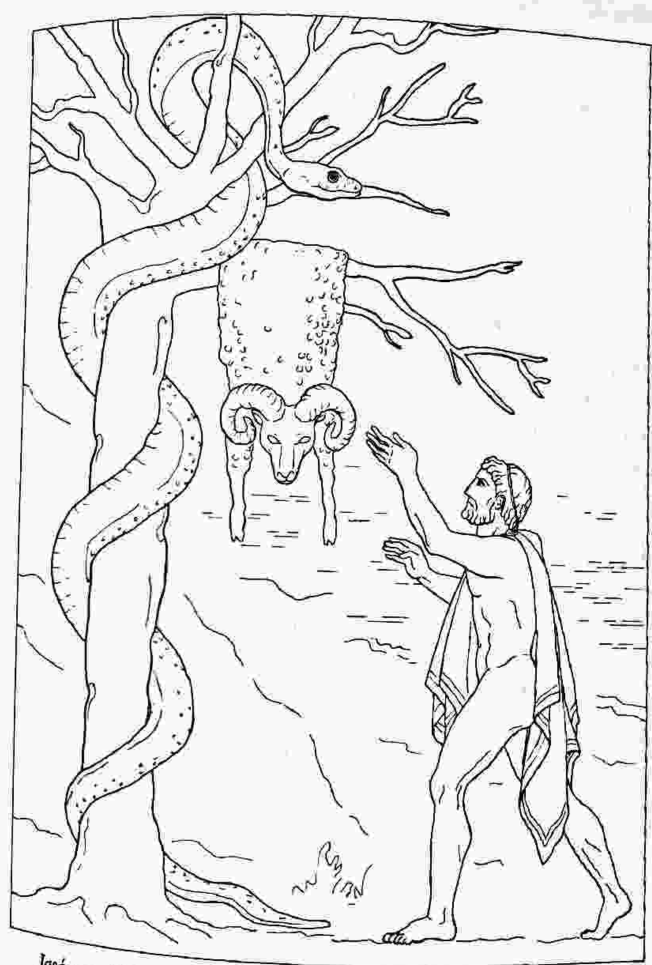
Al ver el asombroso éxito, Jasón corrió hasta la encina y trepó hacia donde estaba el vellocino, mientras Medea untaba con el brebaje la cabeza del prodigioso animal para mantenerlo aletargado hasta que llegaran al Argo. Cuando el héroe descendió con el vellocino en su poder, los dos corrieron como si sus pies llevaran alas. Se encendía la tierra a su paso, recibiendo los primeros rayos de sol, y su reflejo en la dorada piel iluminaba sus rostros. Gozoso, Jasón tan pronto alzaba el vellocino hacia el cielo como lo acariciaba con delicadeza. Por fin tenía entre sus manos el tan ansiado trofeo.

Al llegar al barco, los argonautas quisieron tocar aquel mágico vellón, brillante como el rayo de Zeus, pero Jasón los contuvo y lo protegió con un manto. Exultante, vistió sus armas de guerra y, como el jefe que excita a la tropa antes del combate, subió al castillo de popa para decir:

—Amigos míos, en nuestra aventura se juega toda la Hélade el deshonor o la mayor virtud. Volvamos a la tierra de nuestros padres para llevarles la gloria.

Con un movimiento de espada, cortó las amarras y espoleó a sus compañeros para que, a golpe de remo, salieran al mar cuanto antes. Eetes trataría de impedir su partida. A su lado, junto al piloto Anceo, Medea miraba al frente sin mostrar debilidad, aunque el dolor seguía revolviendo sus entrañas.

Una maraña erizada de hierros se formaba en las afueras de la ciudad de Ea. El ejército colco se agrupaba para recorrer



Jasón corrió hasta la encina y trepó hacia donde estaba el vellocino de oro.

la margen derecha del río en busca de los traidores y los forasteros que los protegían. El rey clamaba venganza encabezando a sus soldados sobre su veloz carro, espada en alto, pero su esfuerzo fue en vano, pues cuando las tropas alcanzaron la desembocadura del Fasis, los argonautas se alejaban por el mar, impulsados por los favorables vientos del este. Ante esa visión exasperante, Eetes invocaba a su padre Helios y a Zeus, y con grandes gritos amenazaba con pasar a cuchillo a su ejército entero si no le traían de vuelta a casa a su hija fugada. Los colcos se dirigieron al puerto para aparejar un gran número de naves y, al mando de Apsirto, hermano de la fugitiva, la flota se hizo a la mar aquel mismo día en persecución de los argonautas.

6

Regreso a Yolcos

Durante varios días navegaron rumbo al oeste. Volvían sobre sus pasos con viento de popa, de manera que no tardarían en llegar de nuevo a las terribles rocas coincidentes. ¿No les había indicado Fineo que, si regresaban, lo harían por una ruta diferente que evitara los peligros que ya habían superado? Detenidos cerca de la costa, los argonautas debatían sin saber a qué atenerse. Medea les habló del gran río por el que se decía que habían arribado en tiempos remotos los fundadores de la Cólquide desde el lejano norte.

—Istro, lo llaman. Los colcos afirman que nace en el país de los hiperbóreos, pero que, al oeste, su cauce comunica con los brazos de ríos que van a parar a los mares del otro lado de la Hélade.

Jasón dudaba. La hechicera había sido una aliada inapreciable hasta el momento, sin embargo, la ruta parecía imposible. Le atrapó la noche sin haberse decidido, cuando en

los cielos se formó el trazo de un enorme rayo, apuntando al noroeste. Medea señaló que aquel celeste fuego indicaba exactamente la desembocadura del río al que ella se refería.

Pusieron vela hacia allí sin perder tiempo, de modo que, al amanecer, veían ya el delta del Istro, una zona pantanosa donde el río se abría en canales. Remontaron el de mayor caudal y atravesaron las marismas, interrumpidas por elevaciones arboladas y cañaverales. El cauce se fue ensanchando hasta que el Argo transitó por el cuerpo principal, un río amplio de aguas tranquilas. Fue entonces cuando el vigía dio el aviso: adelante, descubriéndose lentamente al otro lado de un meandro, una cadena de barcos colcos cerraba el paso. Los argonautas se agitaron. Jasón consultó con el piloto. Aún estaban lejos, podían volver atrás. Iniciaron la maniobra, pero el vigía bramó de nuevo: el resto de la flota salía de los demás brazos, donde habían permanecido ocultos. Un murmullo de consternación recorrió la cubierta: ¿les había traicionado la hechicera? Medea estaba atemorizada. Jasón la tomó del brazo para bajarla a la bodega.

◇◇◇

Vararon la nave frente a una isleta situada en medio del río, donde los lugareños habían levantado un templo dedicado a la diosa Ártemis. Con Medea en la bodega, los argonautas deliberaban en cubierta. Observaban el incontable número de enemigos que los rodeaba y comprendían que su valor no bastaría para alcanzar la victoria. Algunos propusieron dejar a Medea en el templo, lejos del barco, hasta que los reyes locales dictaminaran si debía volver con su padre o continuar junto a Jasón hasta la Hélade.

Al atardecer, un bote llegó hasta ellos remando sobre las quietas aguas donde las nubes anaranjadas aparecían dobladas y especulares. Era un mensajero. El comandante de la flota, Apsirto, hijo de Eetes, les exigía la rendición, pues estaba clara su inferioridad numérica. Los argonautas contestaron que lucharían hasta la muerte por defender el vellocino y que, aunque el combate sería desigual, también resultaría sangriento. Con esa respuesta se fue el mensajero. Sin embargo, a pesar de la fiereza de aquella declaración, Medea oía los murmullos de desaprobación entre las rendijas de los tablones.

Caía la noche cuando vieron que volvía el mensajero. Medea aguzó el oído para escuchar lo que venía a decir.

—Los colcos somos bravos, pero no por eso amamos la muerte. Llevaos el vellocino, pero entregad a la traidora para que ni una sola alma descienda al Hades por su culpa.

Un silencio incómodo se hizo en la cubierta. Medea perdió el aliento. Los argonautas cuchicheaban tan bajo que no podía oírlos. Luego el mensajero se fue. Cuando se abrió la puerta de la bodega y Jasón bajó junto a ella, no le dio tiempo a hablar.

—Si piensas entregarme —le dijo al instante—, más vale que tomes tu espada y siegues ahora mismo mi garganta, pues nada me importa perder la vida.

El esónida intentó abrazarla, pero ella se deshizo de él.

—Si nos enfrentamos a tu hermano, habrá un baño de sangre, ciertamente, sus fuerzas nos acabarán superando y te llevarán cautiva de todos modos. —Jasón endureció el gesto—. Ahora bien, no estoy dispuesto a faltar a mis promesas. Hay algo que podemos hacer, aunque requiere un sacrificio que pondrá a prueba la fuerza de tu voluntad.

El rostro de Medea se transformó al escuchar tales palabras. Sintió vértigo, pero estaba decidida a que nada se interpusiera en el camino de su amor. Aun sin saber de qué se trataba, se precipitó hacia Jasón y lo abrazó.

◇◇◇

En medio de la oscurísima noche, los espías colcos enviados por Apsirto regresaron al buque insignia de la flotilla. El comandante los recibió en su cabina. El Argo se había alejado de la isla, dijeron, pero antes habían abandonado a Medea en el templo de Ártemis, donde ellos la habían visto con sus propios ojos, sollozando frente a una fogata. Los argonautas esperaban encarados hacia la cadena de barcos.

Apsirto volvió a leer la nota que un argonauta le había llevado, escrita del puño y letra de su hermana: «Jasón me abandona. La vergüenza por la deshonra cometida y el temor a nuestro padre me consumen. Hablemos tú y yo, hermano mío, pues este es un asunto de familia. Encuéntrame en el templo.»

Dejó escapar un suspiro. Le alegraba evitar el enfrentamiento con guerreros tan temibles. Todo estaba resuelto. Con buenas palabras, mintiéndole si hacía falta, se llevaría a su hermana a casa, donde intentaría ablandar a su padre para que el castigo no fuera demasiado duro. Dio orden entonces de que los barcos se mantuvieran en sus puestos y luego mandó arriar un bote, dispuesto a bogar en solitario hacia la isla de Ártemis, desoyendo las prevenciones de sus capitanes.

—Mi hermana me espera. Suficiente ha sufrido ya. Ahora puedo al menos reconfortarla y, con ello, evitar una carnicería.

Con tales sentimientos lo dejaron ir y Apsirto desapareció en las aguas calmas en dirección al sagrado templo en el centro del río. Al llegar a la isleta, subió el bote a un arenal y se internó en el boscaje. No tardó en ver la luz de una hoguera. Al salir al claro que se abría frente a la construcción, de altas columnas, halló a su hermana, que estaba arrodillada frente al fuego, mirando los maderos ardientes, con el rostro arrasado de lágrimas. Ella se daba cuenta de su presencia, sin embargo, parecía tan abochornada que no osaba mirarlo a la cara. Apsirto fue a buscarla con los brazos abiertos para acogerla. Cuando llegó a su lado, Medea al fin alzó la mirada. Sus ojos acuosos, enrojecidos, reflejaban un terror inmenso, como si estuvieran observando la puerta del reino de los muertos.

—Hermano mío… —dijo, con la voz rota.

Jasón surgió de las sombras y el filo de su espada emitió un destello. La sangre salpicó las ropas de la hechicera.

◇◇◇

Al amanecer, el comandante de la flota no había regresado. Corrían entre los barcos rumores contradictorios. El Argo aguardaba frente a ellos mientras en las filas de los colcos cundía el desconcierto. Se decidió enviar una partida de reconocimiento a la isla de Ártemis. Cuando el sol ya estaba en lo alto, el navío comenzó a avanzar hacia ellos lentamente.

«¿Qué hacemos?», se preguntaban los capitanes de uno a otro barco. El hijo del rey se había ido sin dejar órdenes. No podían iniciar la batalla sin su consentimiento, sin su presencia, sin saber qué sucedía, si se había establecido un arreglo. Se enfrentaban a grandes héroes, guerreros feroces que sin duda se llevarían a muchos de ellos a la mansión de Hades.

A poca distancia de la cadena de barcos, el Argo apretó la marcha. En su cubierta, los argonautas bogaban con la fuerza de verdaderos osos. El capitán del navío colco más cercano mandó a sus hombres que maniobraran para bloquearles el paso, pero sus marinos se movían con torpeza, pues no entendían bien lo que pasaba. El Argo pasó a su lado a toda prisa y se alejó sin que nadie lo persiguiera; todavía los jefes de la flota de la Cólquide se preguntaban dónde estaban su comandante, la hija del rey y el acuerdo que había parecido ya hecho.

A bordo del barco del esónida, Jasón miraba adelante, con el rostro lívido, subido al castillo de proa. Los argonautas remaban y remaban para poner distancia rápidamente, mirándose de reojo de vez en cuando. Medea se había encerrado en la bodega. Nadie la había visto desde que la pareja volviera en plena noche, ella deshecha en llanto. Remontaban el Istro, penetrando en el continente hacia el oeste, entre riberas aterciopeladas de inmensos bosques, bajo un día limpio y claro. Sin embargo, el barco gemía extrañamente, como si algo le doliera. Jasón creía, intranquilo, que el gemido venía de aquel madero desde el cual Atenea les había hablado.

De pronto, un rayo grueso y retorcido cruzó el cielo azul serpenteando hasta la cima de una colina, con tal luz que cegó a los navegantes y tanta fuerza que horadó la tierra. El promontorio se vino abajo desde la base, lloviendo sus rocas en el río. Los argonautas detuvieron su boga, atenazados por el miedo. En un instante, nubes negras y rugientes oscurecieron el cielo y se agitaron los vientos. Las aguas se encabritaron y el Argo comenzó a cabecear, ingobernable. Medea emergió de la bodega apresuradamente, desfigurada por el sufrimiento de las últimas horas, y chilló.

—¡Jasón, esta vez tu acción no ha complacido a los dioses!

Estalló la tormenta, la más feroz que jamás habían visto. Un manto de lluvia espesa lloraba sobre el mundo. Relámpagos descomunales rasgaban las alturas y caían sobre las aguas, que se elevaban por encima de la nave. Los gritos de los hombres se mezclaban con los rugidos del agua y los bandazos de las velas. Los tripulantes se ataron a los bancos para evitar que las olas los arrastraran. Entonces, una voz cavernosa bramó en el oído de cada uno, aunque al mismo tiempo a todos les pareció que surgía del estrave del barco.

—Oíd los designios de Zeus: Apsirto pena ante las puertas del inframundo sin que nadie lo haya llamado allí. Purificad este crimen abyecto o pronto os reuniréis con él.

Bajo la lluvia helada, los argonautas agachaban la cabeza para no ver el miedo en la cara del otro. Pero era Jasón el más cabizbajo y triste, porque, con su argucia, los había llevado al desastre. ¿Cómo expiar la culpa? Medea, a su lado, se abrazó a su cuello para hacerse oír:

—¡Mi tía, la poderosa maga Circe, sabrá purificarnos!

Jasón le devolvió una mirada que heló la sangre de la muchacha, una mirada fría, tenebrosa, muy lejana al amor.

◇◇◇

Las paredes lloran sangre mientras un fuego devastador devora los libros, los anaqueles llenos de hierbas, plantas, animales desecados... Siente un peso en los brazos. Al mirar, tiene un cadáver en las manos con el pecho abierto, bañándola con la sangre que mana de la herida. El techo se desmorona y el espeso humor anega el suelo como un hediondo manto púrpura. Nada puede hacer por salvar su refugio.

La maga despertó con el corazón acelerado, fuera de sí. Se incorporó en su lecho y abrió los ojos una y otra vez para asegurarse de que la angustia vivida solo había sido una pesadilla. Se echó por encima una túnica y salió para encaminarse hacia la playa. Allí bañó con agua marina su rostro, sus largos cabellos, todo su cuerpo. Los animales de su cortejo la siguieron, como solían, y se bañaron con ella.

Levantó la hechicera sus ojos fogosos y los clavó en la lejanía. Un barco se destacaba entre la bruma, dirigiéndose hacia allí. La invadió una sensación de reconocimiento, como si todo lo que viniera con ese navío, lo que estuviera a punto de suceder, estuviera tejido por los hilos del destino y ella no pudiera ignorarlo, porque estaba en su sangre. Se retiró a su palacio, en el corazón de su isla, y quedó a la espera.

Se encontraba en el salón de banquetes cuando entró Medea, a quien seguía Jasón con gesto desconfiado. Circe estaba en su silla de oro, flanqueada por cuatro ninfas de las aguas. El respaldo de su sitial era un gran espejo circular que reflejaba toda la sala. Medea se arrodilló ante ella inclinando la cabeza y colocando sus manos sobre la frente en señal de obediencia. Mientras Jasón apoyaba cuidadosamente en el suelo la espada con la que había matado al hijo de Eetes.

—Hemos errado muy gravemente, más allá de lo reparable —dijo Medea, conteniendo el sollozo.

La voz de Circe resonó armoniosa pero fuerte.

—Lo sé. Me lo han dicho ellas.

Un vapor pestilente emergió del suelo, desdibujando los perfiles de los objetos. Jasón notó cómo sus sentidos se adormecían. Incapaz de moverse, vio que por el espejo del asiento de la maga, asomaban brevemente unas figuras femeninas

aladas y contrahechas, serpientes sibilantes en los cabellos y mirada manchada por la sangre que les brotaba de los ojos. Alzando un vuelo que agitó el aire de la sala, pasaron por encima de ellos mientras bisbiseaban como si hablaran para sus adentros. En sus manos se encendieron luces blancas, heladas, que reverberaron en las paredes, envolviendo la estancia de sombras. Enseguida supo Jasón que se trataba de la erinias, divinidades del inframundo que solo abandonaban su casa para reclamar venganza por los crímenes de sangre.

Sin pronunciar palabra, Circe hizo aparecer en su mano una daga de plata. Una ninfa le entregó un lechón recién nacido y, con un movimiento rápido, la maga le cortó la garganta sobre Jasón y Medea. La joven se empapó las manos con su sangre e inició un salmo en una lengua ignota. Ante ellos, Circe se bamboleaba y susurraba invocando a Zeus, acogedor de los criminales, protector de las súplicas, rogándole que aplacara su ira. Después de los cánticos y las letanías, las dos hechiceras se unieron junto a un fuego, donde quemaron raíces con forma humana y realizaron libaciones.

Durante largas horas repitieron estos rituales, sin permitir que Jasón se moviera del sitio. Cada vez más jadeantes, con el rostro demudado, las magas ignoraban por completo al esónida, cuya tez iba adoptando el color de la muerte. Al cabo de mucho tiempo, el héroe advirtió que las erinias habían desaparecido. Circe dio por terminado el ceremonial y solo entonces permitió que su temblorosa sobrina la mirara a los ojos. Los suyos, llenos de ira, lanzaban fuego. Los de Medea, apagados, solo vertían lágrimas.

—Desdichada, tú que planeaste un viaje miserable quedas purificada de tu complicidad en tan horrible crimen, igual

que tu acompañante. Pero no podrás eludir la cólera de Eetes, cuyos guerreros terminarán por vengar la muerte de su hijo.

Medea abrió la boca para hablar. Circe no lo permitió.

—Abandona mi palacio y no vuelvas nunca a mi isla.

Abatidos, Jasón y Medea se retiraron.

◇◇◇

Hera se había ocupado de dar a conocer el éxito de Jasón en la Cólquide. Cuando la noticia llegó a Yolcos, muchos ciudadanos guardaron la esperanza de que un rey más justo se hiciera con el trono. Poco después, la expectación se hizo aún más grande. Llegó a oídos de todos el fastuoso matrimonio que el esónida había celebrado con la hija del rey Eetes en Feacia, auspiciada por el buen rey Alcínoo y la sabia reina Arete. Al parecer, el Argo había regresado por otra ruta, por vías fluviales. Si venía de la tierra de los feacios, ya no tardaría en llegar.

Cuando la nave, cuyo perfil todavía muchos recordaban claramente, apareció en el horizonte, la multitud acudió a recibirla a la playa de Págasas. Vistiendo su broncínea coraza, con el dorado vellón sobre los hombros y su yelmo en la mano, Jasón fue el primero en pisar la tierra de su padre. Tras él, henchidos de orgullo, marchaban con sus armas los heroicos argonautas, a quienes todos contemplaban con admiración. Medea y las doncellas que había tomado en Feacia al casarse cerraban la comitiva, que, seguida por la muchedumbre, pronto alcanzó las puertas de la ciudad gobernada por Pelias. Muchos se frotaban los ojos, incrédulos, pues parecía imposible que los héroes hubieran superado con éxito aquella aventura. Pero allí estaban, imponentes, victoriosos, con el vellocino como símbolo de su victoria.

Jasón quiso entrar solo en el palacio del rey, llevando consigo el vellocino. El gentío se aglomeraba a las puertas, jaleándolos. En el gran salón no había más que guardias. Pelias no había permitido la presencia de nadie más. Jasón avanzó hacia su trono, haciendo resonar sus pasos en el alto techo.

—He vuelto, Pelias, y he cumplido mi palabra: aquí está la prueba de que los dioses refrendan mi derecho al trono —dijo alzando el vellón—. Cumple ahora tu parte.

—Has cumplido, sin duda —respondió el rey—, y tu fama se ha extendido por toda la Hélade. Pero no es cierto que los dioses secunden el derecho que invocas.

—¡Que los dioses te confundan! —rugió Jasón—. ¿No conoces el honor?

—Regresa a tu casa y sabrás por qué no puedes reclamar el trono de Yolcos si no es de la mano de un ejército.

Los ojos de Jasón despedían una ira incontenible, pero, al mismo tiempo, lo ominoso de aquella declaración le atenazaba la garganta. Salió de allí a toda prisa. Corrió al hogar de sus padres, deseoso de celebrar con ellos su vuelta triunfal, que significaba la restitución de los eólidas. Encontró la casa vacía, solo sus propios gritos, rebotando en las paredes, le dieron la siniestra bienvenida. En la sala central, halló a Quirón.

—Bienvenido, héroe entre los héroes, has cumplido con tu viaje y todos nos inclinamos ante tu arrojo —dijo el centauro, con expresión tierna, aunque incómoda. Entonces se fundió en un prolongado abrazo con su discípulo.

—¿Dónde están mis padres? —inquirió Jasón, que ya sentía en el pecho la anticipación de la desgracia.

Quirón suspiró profundamente antes de responder al héroe.



Jasón entró solo en el palacio de Pelias, llevando consigo el símbolo de su victoria.

—Cuando partiste —le explicó entonces—, Pelias difundió la falsa noticia de que habías desaparecido en el mar. Esón, desesperado, se quitó la vida. Después, Pelias acabó con tu hermano Prómaco, y tu madre no pudo soportarlo.

Al oír esto, Jasón cayó de rodillas y lanzó un grito tan desgarrador que hizo llorar los curtidos ojos del centauro.

—Escucha, hijo de Esón, ahora eres tú el depositario de tu linaje. No permitas que el triunfo de Pelias sea absoluto.

Pero Jasón no lo escuchaba. Se sentía atravesado por un dolor que le impedía respirar, pensar, incluso moverse. El propio centauro tuvo que recogerlo y acomodarlo en un camastro, en los aposentos donde habían vivido sus padres.

Allí permaneció durante tres días de riguroso luto, que compartieron con él Medea y los argonautas.

◇◇◇

Durante semanas siguió encerrado Jasón en la casa de sus padres, sin que pareciera que jamás fuera a salir de allí. ¿Acaso no se había purificado? ¿Era aquel su verdadero castigo? ¿Los dioses lo habían abandonado? Le consumía el pensamiento de que Pelias siguiera en el trono usurpado. Medea le llevaba alimento, que recogía más tarde casi intacto. Intentaba acariciarlo, besarlo para darle consuelo, pero él no se dejaba tocar. Prefería la soledad, el silencio, las tinieblas, el llanto.

La hechicera sufría por él, pero también rabiaba porque todos sus sacrificios, las acciones sórdidas que había emprendido por su amado, no habían servido para ayudarlo. Cada minuto que pasaba, odiaba con más fiereza al usurpador, al destructor indigno que era Pelias, y pensaba en qué podía hacer ella para impedir que acabara con Jasón.

Una noche salió de casa y, amparada por la oscuridad y sus artes de ocultación, entró en el palacio. Transformándose en una decrépita anciana, se presentó ante las hijas del rey, que aguardaban tejiendo a la hora de dormir. Al verla, las muchachas se asustaron y dejaron sus hilos.

—Nobles pelíadas —dijo la frágil mujer tras la que se escondía Medea—, me envían los dioses para alertaros de algo que ya habréis advertido: la decadencia de vuestro padre. Las sombras acechan al trono y los dioses quieren ofreceros su poder para ayudar al buen y justo rey Pelias.

Como Medea esperaba, las hermanas se mostraron precavidas. La mayor de ellas avanzó unos pasos para hablarle.

—¿Qué le importa a los inmortales el trono de Yolcos?

—Un mundo, hija de Pelias. ¿No habéis visto a qué extremos han llegado para frustrar las pretensiones de los eólidas? Ahora están preocupados. Después de tantos desvelos de dioses y hombres para mantenerlo al frente de este pueblo, la salud de vuestro padre puede impedirle continuar el reinado. Los dioses no quieren permitir tal desdicha.

—¿Y cómo podrían evitarla, anciana? —dijo otra de las hijas, atreviéndose a unirse a la primera.

—Devolviendo la juventud al grandísimo Pelias de Yolcos para que viva otra vida entera. Tal cosa es posible mediante un ritual sencillo, un placentero baño del cual emergerá con la lozanía de un efebo. —Las hermanas se miraban de soslayo, sin saber qué pensar de aquel ofrecimiento—. Sabias sois al desconfiar de una extraña. Permitidme que os muestre el poder con que me han ungido los eternos.

Con el propósito de hacer la demostración, pidió que la acompañaran a sus baños. Allí, ante su atenta mirada, se desnudó, y, susurrando una letanía para sus adentros, tomó agua de una tinaja para lavar su cuerpo. Mientras lo hacía, fue recuperando su aspecto joven ante la mirada de las hijas de Pelias. Al ver aflorar la piel tersa de Medea, sus pechos firmes, sus curvas incitadoras, las pelíadas quedaron maravilladas.

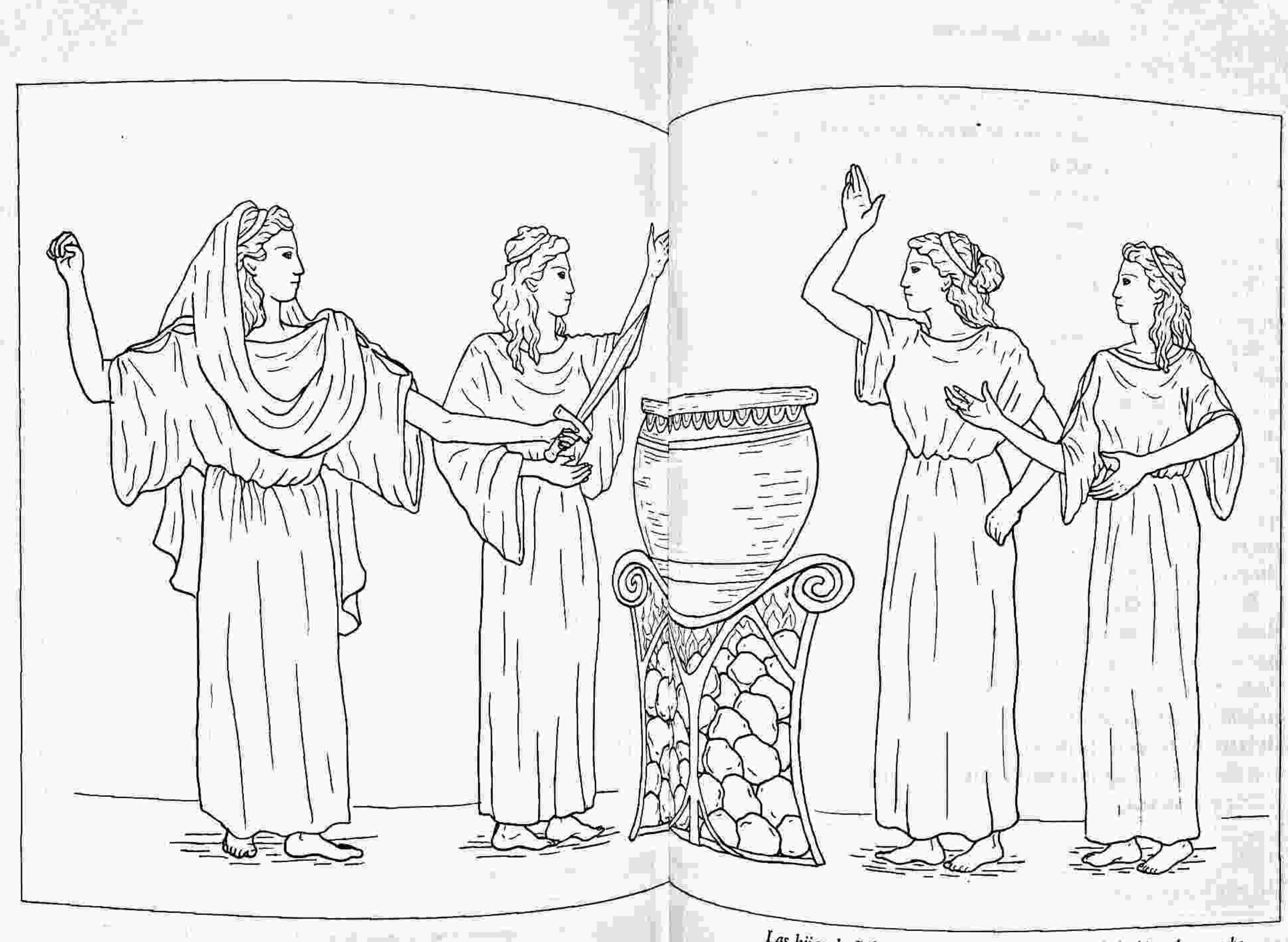
—¡Enséñanos a operar este prodigio, enviada de los dioses! —dijeron—. Ojalá tengamos la suerte de recibir el mismo regalo en nuestra vejez.

—¡Qué orgullo el de vuestro padre ante tan excelentes vástagos! —respondió la hechicera, avivando aún más el entusiasmo de las muchachas—. Ofrezcamos una libación a los eternos y celebremos que el destino sonríe a vuestro linaje.

Como no tenían vino, Medea propuso otro prodigio de su misma mano. Con unos finos polvos, convirtió el agua de la tinaja en dulce néctar de uva. Alegremente libaron las pelíadas sin saber lo que estaban bebiendo. Solo una de ellas se resistió a beber, aunque fingió que lo hacía, pues seguía sin confiar en la visitante. Se llamaba Alcestis. La muchacha vio que, a cada trago, sus hermanas parecían más relajadas y alegres, festivas incluso. Se aflojaron las ropas, que les molestaban, y dejaron volar sus cabellos. Reían y cantaban, parecían creer que no estaban en el palacio, sino en un bosque, y que sus amigas eran las ninfas de los árboles, con las que pensaban que estaban danzando. Medea, divertida, les marcaba los pasos del baile como la anfitriona de la fiesta.

—¡Hermanas...! ¡Hermanas...! —las llamaba Alcestis intentando devolverlas a la realidad sin que la maga se percatara de que no había caído en el hechizo.

Ruborizadas por el esfuerzo de los bailes, risueñas, las hijas de Pelias obedecían a Medea ciegamente.



Las hijas de Pelias reían y danzaban al son que la hechicera les marcaba.

—Nobles pelíadas —proclamó la hechicera—, ha llegado el momento del ritual. El reino de lo eterno aguarda a Pelias, y será por vuestra delicada mano que entrará en él —mientras decía esto, ponía en manos de cada una un arma de filo implacable: un hacha de mano, un cuchillo de caza...

—Traedlo entre todas, cada una una parte, para que el trabajo sea menos pesado, y bañadlo, pues el agua ya está a punto en el caldero.

Se dirigieron a la puerta entre carcajadas. Allí Alcestis intentó detenerlas, pero fue sin éxito, porque la mayor de ellas la apartó con un golpe terrible, propinado con el mango de su hacha, que la dejó en un rincón, dolorida, sin apenas sentido. Danzando, cogidas de una mano y armadas con la otra, fueron yéndose por la puerta. Medea las vio salir, mientras repetía su canción con una voz cada vez más profunda, cada vez más adentro, una voz que oía por primera vez, pero que ahora comprendía que había tenido siempre.

Todavía canturreando, volvió a la casa del malogrado Esón. Junto a su amado, el héroe capaz de cruzar el mundo por una promesa, aguardaría al amanecer, a los gritos en la ciudadela, a las carreras por las calles de Yolcos, al asalto del palacio por los argonautas. Cuando Jasón viera que el amor de la maga era capaz de derrocar a un rey, volvería a sus brazos, claro que sí. Mientras tanto, cumplida su venganza, en el Olimpo Hera reía.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

La de los argonautas es la historia de las primeras navegaciones emprendidas por los griegos en busca de riquezas y nuevos lugares en los que establecerse. Fue también una de las primeras empresas comunes que llevaron a cabo los helenos y que les ayudaron a sentirse, a pesar de las diferencias políticas, como parte de un único pueblo.

En los albores del siglo VIII a. C., muchos griegos, ya fuera por conflictos internos en sus lugares de origen, por carestías que se dilataban en el tiempo o, simplemente, por afán comercial y sed de aventuras, decidieron hacerse a la mar y partir en busca de nuevos territorios en los que establecerse. Fue el inicio de lo que se ha dado en llamar la «gran colonización», que llenó el Mediterráneo de colonias helenas, algunas de las cuales son el origen de ciudades actuales. Pero la aventura de estos griegos tenía un precedente: varios siglos antes, en plena Edad del Bronce, otras naves surcaron esas mismas aguas, abriendo nuevas rutas que lo mismo servían para empresas comerciales que para la práctica de la piratería. Sus tripulantes, los micénicos, habían aprendido el arte de navegar seguramente de los minoicos cretenses, quienes habían dominado el Mediterráneo oriental hasta constituir, entre los siglos XVIII y XV a. C., una auténtica talasocracia, esto es, el dominio del mar. Por razones todavía hoy desconocidas, la civilización micénica desapareció hacia el siglo XII a. C.

y Grecia se hundió en una edad oscura de la que solo empezó a salir precisamente en la época en que se iniciaron las colonizaciones. Pero el recuerdo de aquellos primeros exploradores perduró en forma de mitos que aludían a una edad heroica en la que los griegos, fuera cual fuera su origen y procedencia, consiguieron emprender unidos campañas que contribuyeron a forjar la identidad helena. Una de ellas fue la guerra de Troya; otra, acontecida una generación antes, la expedición de los argonautas.

UNA EMPRESA COMÚN

El mito de Jasón y los argonautas puede interpretarse como el recuerdo de una empresa común en la que habrían tomado parte griegos llegados de todos los rincones de aquel territorio. Esa empresa no sería otra que los comienzos de la navegación a través del mar Negro, el Ponto Euxino de los helenos. Así al menos lo interpretaban algunos autores de la Antigüedad, como el geógrafo griego Estrabón (64 a.C.-h. 23 d.C.), quien en su *Geografía* no solo afirma que el mítico viaje «tiene algo de verosímil», sino que estaba motivado por «la riqueza procedente de las minas de oro, plata y hierro de aquella tierra [la Cólquide]». Teniendo en cuenta esta lectura «histórica», el vellocino se ha interpretado como un símbolo de esas riquezas.

El hecho de que en muchos de los lugares que aparecen mencionados en los textos de la leyenda se hayan encontrado restos arqueológicos de época micénica parece confirmar ese cierto sustrato histórico. Igualmente, los catálogos de héroes que participaron en la expedición remiten a emplazamientos de ese mismo período, si bien en este caso aparecen también otros de época ya histórica. La

razón hay que buscarla en esas listas, que no solo no coinciden en el número de argonautas (el poeta Apolonio de Rodas, del siglo III a.C. habla de 55; el mitógrafo Apolodoro de Atenas, del siglo II a.C., reduce esa cifra a 44, y el tratadista latino Cayo Julio Higino, del siglo I a.C., la eleva nada menos que a 69), sino que transmiten la impresión de que la inclusión o no de algunos nombres dependía más del interés del autor en dar prestigio a una ciudad que de la existencia de una tradición local al respecto.

Los argonautas no son sino los que viajan en la Argo, nave que toma su nombre de su constructor, Argos, y que evoca a la voz griega *argós*, que significa «veloz», «rápido». Entre esos navegantes se encuentran un semidiós como Hércules, dos parejas de gemelos con progenitores divinos, como Zetes y Calais, hijos del dios del viento Bóreas, y los Dioscuros, Cástor y Pólux; héroes cuya fama fue superada por la de sus hijos, como Peleo, padre de Aquiles, y Telamón, padre de Áyax el Grande; adivinos como Idmón y Mopso, o músicos como Orfeo. En algunas versiones (las de Apolodoro e Higino), aparece también el rey ateniense Teseo, el protagonista del mito del Minotauro cretense, mientras que otro autor, el poeta latino Valerio Flaco (siglo I d.C.), incluye a Néstor, rey de Pilos y único de todos estos personajes que llegó a participar en la otra gran gesta nacional griega, la toma y destrucción de Troya. Pero, a pesar de que algunos de ellos tienen un protagonismo destacado en ciertos episodios, el mito gira siempre en torno a Jasón.

Hijo de Esón, Jasón no es un héroe al uso, esto es, implacable, violento y resolutivo como pueden serlo algunos de los que figuran en la expedición. Al contrario, donde otros actúan confiados en su fuerza y su valor, aunque sepan que el reto les costará la vida, él es presa de la incertidumbre y dilata todo lo que puede las tomas de decisiones. Y cuando finalmente entra en acción, no duda en

Una constelación para la nave Argo

El astrónomo y geógrafo griego Eratóstenes (276-194 a.C.) afirmaba en su obra *Catasterismos* (título que alude a la transformación de un personaje u objeto en estrella) que la nave Argo, en la que navegaron Jasón y el resto de héroes, fue la «primera que surcó el mar hasta entonces impenetrable». Por ello, y para que sirviera de testimonio a las generaciones futuras, la diosa Atenea decidió elevarla al firmamento y convertirla en una constelación que guiara a los marineros, si bien el navío no aparece completo, sino solo desde el timón hasta el mástil. En total la integran veintisiete estrellas, repartidas de este modo: «Lleva cuatro estrellas en la zona de popa, sobre un solo remo hay otras cinco estrellas y cuatro más en otro, tres en el extremo del mástil, cinco sobre el puente, seis debajo de la quilla, muy apretadas entre sí». Siglos más tarde, a caballo entre el I a.C. y el I d. C., el latino Higino se hizo eco de esta descripción y añadió que el hecho de que la nave no se vea completa es una señal a los navegantes «de que no deben tener miedo aunque sus naves naufraguen». En el siglo II d. C., el astrónomo alejandrino Claudio Ptolomeo incluyó estas descripciones en su célebre tratado *Almagesto*. A causa de su gran tamaño, a mediados del siglo XVIII, esta constelación fue dividida en tres más pequeñas cuyos nombres latinos, no obstante, evocan ese origen náutico: Carina (Quilla), Puppis (Popa) y Vela.

recurrir al engaño, el subterfugio de la magia o, incluso, la traición, aunque, por otro lado, sea capaz también de batirse con brío. Es por ello un héroe con el que resulta difícil identificarse. Muy distinto es el caso de Medea, sin duda el carácter más potente del mito. La indecisión de Jasón se vuelve voluntad en la maga, cuyo nombre se ha relacionado con el término griego *médomai*, que significa «idear» o «inventar». De este modo, el mito de los argonautas se diferencia de otros por el novedoso papel que en él adquiere el elemento femenino, pues Medea no es ya el habitual personaje pasivo y débil, sino uno activo y de tal entidad que, a su lado, palidecen los caracteres masculinos.

ÉPICA Y AMOR FATAL

El mito de los argonautas y el vellocino de oro era ya muy popular en la Grecia de la edad arcaica (siglos VIII-VI a.C.). Una referencia a «la célebre Argo» en la *Odisea* homérica sugiere que se trataba de una historia bien conocida. No obstante, las elaboraciones literarias que han llegado hasta nosotros son más tardías. La más antigua es la *Oda pítica IV* de Píndaro (h. 518-438 a.C.), escrita para celebrar la victoria en la carrera de carros de Delfos de Arcesilao de Cirene, uno de cuyos ascendientes míticos, Eufemo, habría tomado parte en la mítica expedición a la Cólquide. Aquí se hallan ya los episodios básicos, así como un catálogo parcial de héroes, aunque el género de la oda no le permita al poeta extenderse sobre los hechos. De eso se ocupó Apolonio de Rodas, un poeta y erudito del siglo III a.C. que llegó a ser director de la afamada Biblioteca de Alejandría. Su poema épico *Las argonáuticas* posiblemente sea la obra maestra de la literatura helenística, caracterizada por su gusto hacia lo episódico

y sentimental, y un estilo que ya no es el rudo de los viejos aedos de época homérica, sino uno más literario y estudiado. De ahí que en estos versos el aliento heroico (del que, por otra parte, carece el Jasón dibujado por el autor) quede en un segundo plano ante la historia de amor entre el hijo de Esón y Medea.

Apolonio se convirtió en el modelo de los poetas posteriores que se acercaron al mito. Uno de ellos fue el latino Ovidio (43 a. C.-17 d. C.), quien tanto en su *Heroidas* (una colección de cartas de amantes célebres de la mitología) como en su *Metamorfosis* (largo poema sobre las transformaciones a las que conduce el amor) sacó un gran provecho de la lectura del alejandrino. En la primera de esas obras, Medea expresa la pasión que la embargó al ver al de Yolcos: «Aquella fue la primera ruina de mi corazón. ¡Te vi y me perdí! [...] Eras hermoso y a mí me arrastraba mi propio destino: tus ojos me habían robado los míos», se lamenta. En la segunda, la maga se debate entre el amor que nace en ella y el sentido del deber hacia su pueblo y hacia su padre Eetes: «¿Abandonaré, pues, empujada por los vientos, a mi hermana, a mi hermano, a mi padre, a mis dioses y mi tierra natal? Sí, pues mi padre es cruel, mi tierra bárbara, mi hermano todavía un crío». Otro poeta latino, Valerio Flaco, compuso en el siglo I d. C. su propia versión de las *Argonáuticas*, la cual sigue de cerca la de Apolonio, pero complicando la intriga con todo tipo de digresiones y episodios secundarios que le sirven para dar cuenta de su talento retórico y declamatorio, así como de una imaginación ávida de dramatismo e incluso de truculencia. La unidad del poema se trunca así, pero a cambio se obtienen pasajes descriptivos de indudable fuerza. La obra de este autor resulta también interesante por la interpretación que ofrece del mito: para él, representa la rendición de Asia a los griegos, un precedente de lo que más tarde logrará Roma, la conquistadora del mundo.

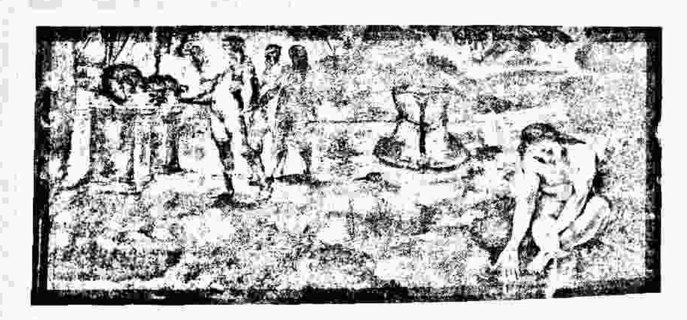
En época moderna, la de los argonautas fue tratada, entre otros, por el dramaturgo español Lope de Vega (1562-1635) en la comedia *El vellocino de oro*, en la que el autor celebra la grandeza del imperio hispano, de la que la dorada piel no era sino un símbolo. Por lo demás, se trata de una típica obra de enredo de amor cortesano, solo que con ambientación mitológica. Ya en el romanticismo, el austríaco Franz Grillparzer (1791-1872) escribió su trilogía dramática *El vellocino de oro* (1821), compuesta por *El huésped*, *Los argonautas* y *Medea*. La lucha del individuo entre su yo interior y las obligaciones del mundo exterior, así como la imposibilidad trágica del amor entre dos seres contrapuestos y antagónicos como son Jasón y la maga, es el gran tema de esta obra, la más rica, variada y compleja de su autor.

Finalmente, en el siglo XX, el novelista británico Robert Graves (1895-1985) logró en *El vellocino de oro* una convincente reconstrucción del carácter y las costumbres de la Grecia más arcaica, así como de sus creencias más antiguas y ocultas, y todo ello sin que la narración pierda el pulso ni el tono de aventura épica.

EL ARTE DE LOS CARRACCI

El tema de los argonautas también ha sido objeto de representaciones plásticas desde al menos el siglo VI a. C. La pintura de cerámica es especialmente rica en motivos inspirados en el mito. Así, una crátera de mediados del siglo IV a. C. conservada en el Museo Arqueológico de Nápoles muestra a Jasón haciéndose con el vellocino mientras Medea adormece a la serpiente con una poción. Y otra, un siglo posterior y conservada en el Museo del Louvre de París, representa al héroe ofreciendo la preciada piel a Pelias. Mas es a partir del Renacimiento cuando se asiste a la gran eclosión

del mito como materia artística. Fue entonces cuando Biagio d'Antonio (1446-1516) pintó una tabla en la que se acumulan las diferentes escenas de la conquista del vellocino. Pero, sin duda, el ciclo más valioso, tanto por el número de escenas que representa como por la calidad de su factura, es el que pintó Annibale Carracci (1560-1609), secundado por su hermano Agostino (1557-1602) y su primo Ludovico (1555-1619), para el Palazzo Fava de Bolonia. Sus dieciocho paneles, distribuidos al estilo de los frisos historiados del arte griego, ilustran de modo fantasioso el mito desde la juventud de Jasón hasta la muerte de Pelias. Del Barroco datan pinturas como *Jasón y el dragón*, del italiano Salvatore Rosa (1615-1673), en la que el uso del claroscuro acrecienta el dramatismo de la escena, y *Jasón y el vellocino de oro*, del flamenco Erasmus Quellinus el Joven (1607-1678), en el que el héroe muestra triunfante la piel a la



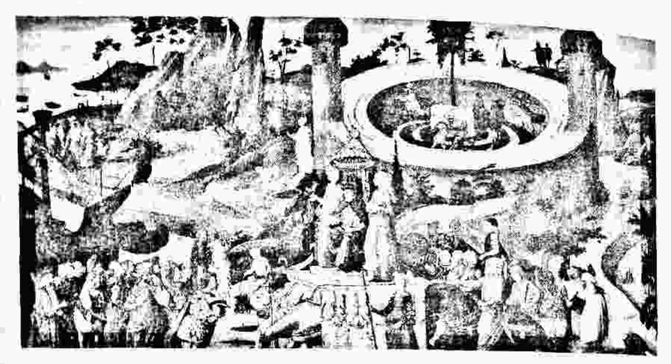
Entre 1582 y 1584, Annibale, Agostino y Ludovico Carracci pintaron para el Palazzo Fava de Bolonia un ciclo sobre Jasón y Medea. De los dieciocho frescos que lo conforman, destaca, por su sutil atmósfera y tratamiento, el de los encantamientos de Medea, una escena nocturna en la que se ve a la joven maga preparándose para tomar un baño mientras al fondo las hijas de Pelias lo disponen todo para perpetrar el asesinato de su padre.

estatua del dios de la guerra, Marte. Ya con estética neoclásica, el escultor danés Bertel Thorvaldsen (1770-1844) hizo de Jasón la encarnación del héroe griego, sereno e impertérrito incluso después de obtenido el triunfo. La influencia de la estatuaria clásica helena es evidente en este trabajo.

En el siglo XX, la que adquiere un mayor presencia es Medea, la maga. No es que antes no estuviera representada en el arte, sino que los artistas habían preferido abordar otros episodios de su mito, posteriores a los del vellocino y más trágicos. En esa centuria la maga aparece en obras como *El vellocino de oro* del británico Herbert James Draper (1863-1920), un pintor apasionado por las heroínas de la mitología. Algo que comparte con su compatriota John William Waterhouse (1849-1917), quien en su Medea y Jasón pintó a la maga en el momento en que prepara los filtros que le permitirán a él superar las pruebas impuestas por Eetes.

INTERPRETACIONES LIBRES DEL MITO

A pesar de que entre los componentes de la expedición argonáutica se hallaba un músico como Orfeo, cuyo canto era capaz de conmover a las mismísimas piedras, y de que son numerosas las escenas en las que la música tiene un rol primordial (como la de las sirenas), el mito de Jasón no es de los que ha inspirado más partituras. Todo lo contrario, por ejemplo, que el mencionado cantor tracio o la temible Medea. No obstante, conviene destacar algunos títulos como el *Jasón* de Francesco Cavalli (1602-1676). Destinada al público variopinto que abarrotaba los teatros venecianos de la primera mitad del siglo XVII, esta ópera se toma todo tipo de libertades con el mito original, de modo que el protagonista se casa al final con Hipsípila, mientras que Medea lo hace con Egeo, el rey







En la parte superior, fragmento de la tabla Historia de los argonautas, *de Biagio d'Antonio, en la que, con un concepto aún medieval de la composición y un detallismo de miniaturista, aparecen las escenas principales del mito. Abajo, a la izquierda,* Jasón y el vellocino de oro, *de Erasmus Quellinus el Joven, realizado a partir de un boceto de Peter Paul Rubens; a la derecha,* Jasón y Medea, *de John William Waterhouse, lienzo en el que el artista acertó a captar el carácter determinado de la maga frente a la indecisión del que será su esposo.*

de Atenas. La inclusión de escenas cómicas acaba de dar un color especial a esta obra en la que música y teatro constituyen una simbiosis perfecta.

En 1732, el dramaturgo Pietro Metastasio (1698-1782) escribió el libreto *Hipsípila*, al que hasta finales del siglo XVIII pusieron música una veintena de compositores. Pero quizá el lado más heroico y dramático del mito se halla en una tragedia lírica francesa de esa misma época, compuesta por Johann Christoph Vogel (1756-1788) y titulada *El vellocino de oro*. Con la orquesta y el coro como grandes protagonistas, su música impulsiva, animada por una especie de rabia salvaje, acierta a reflejar el lado más oscuro del carácter de Medea, la maga a la que aquí Jasón, una vez conquistado el vellocino, abandona en la Cólquide.

En la gran pantalla, destaca el *Jasón y los argonautas* que Don Chaffey (1917-1990) dirigió en 1963. Es cierto que el argumento sigue bastante libérrimamente la historia, alterando el orden de sus episodios e introduciendo algunos fragmentos procedentes de otros ciclos que nada tienen que ver con este, pero eso es lo de menos ante el acertado tono fantástico y de aventuras que respira toda la película. Buena parte de ello se debe a la música de Bernard Herrmann (1911-1975) y, sobre todo, a los efectos especiales, tan imaginativos como artesanales, de ese gran especialista del género que fue Ray Harryhausen (1920-2013). La escena en la que Jasón ha de luchar con los esqueletos surgidos de la tierra es antológica.

ÍNDICE